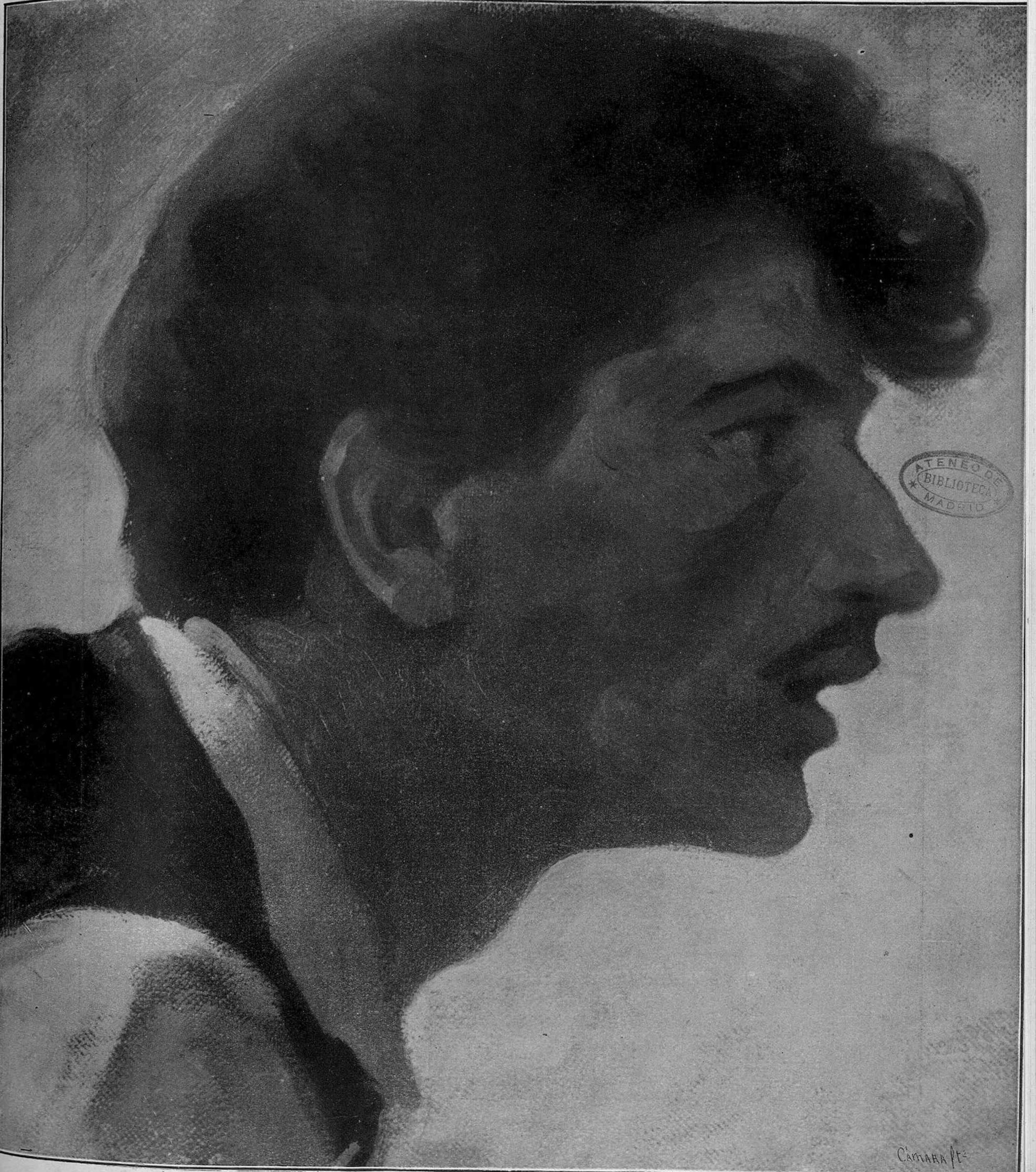


# La Esfera

Año I \* Núm. 10

Precio: 50 cénts.



ATENEUM DE  
BIBLIOTECA  
MADRID

CÁMARA / E-



La sombra del pasado!

Como Luis XIV dijo „ ya no hay Dirineos ”

el **PETRÓLEO GAL**

puede decir „ ya no hay calvos ”

A. Ehrmann

Año I

7 de Marzo de 1914

Núm. 10

# La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

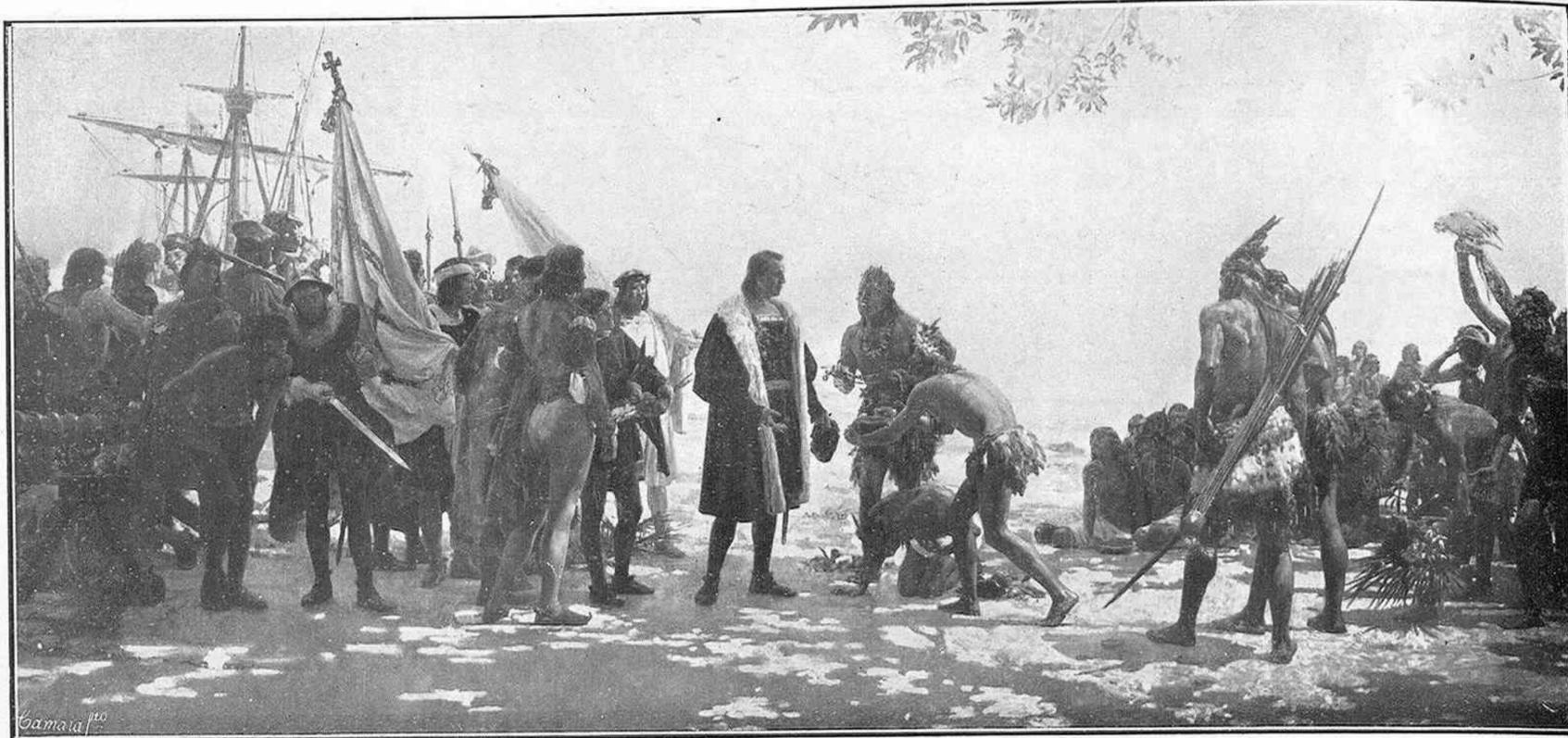


ATENEUM DE  
BIBLIOTECA  
MADRID

DIBUJO DE GAMONAL

## LOS NUEVOS REYES DE ALBANIA

El príncipe Guillermo de Wied y su augusta esposa, la princesa Sofia de Schoenburgo-Waldenburgo, cuya proclamación se ha verificado recientemente



Cristóbal Colón, al desembarcar en Santo Domingo.—Cuadro de Garnelo

## DE LA VIDA QUE PASA UN ERUDITO DIGNO DE SER POPULAR



D. C. G.<sup>a</sup> DE LA RIEGA  
Ilustre literato gallego,  
que ha fallecido recientemente

**A**CABA de fallecer, en Galicia, un erudito que mereció los honores de la popularidad y que de fijo la hubiera logrado si hubiese sabido administrársela, como ahora se dice, á son de bombo y platillos, en los periódicos de mayor circulación, según es uso entre esos jóvenes egoístas que con admirarse á sí mismos creen granjearse la admiración de los demás...

Este erudito llamábase D. Celso García de la Riega, y dedicó gran parte de su vida á laboriosas investigaciones, de las cuales resulta ser

Galicia la patria de Cristóbal Colón. El señor García de la Riega tuvo tiempo á ser gobernador civil, diputado á Cortes y qué sé yo cuántas cosas más del ramo administrativo y deslumbrador; pero se creó en medio del tráfigo de su vida ocios propicios en que vacaba á la erudición histórica más selecta y pura.

Los periódicos le han enterrado entre cuatro líneas de necrología laudatoria; que la vida moderna es harto atropellada é intensa, ya lo sabemos, para que los diarios ocupen sus columnas con el relato de la existencia austera y plácida de un investigador.

Mas en un semanario, donde la actualidad no es tan apremiante y exigente, y más en un semanario como éste—tan propicio á acoger todo el movimiento cultural de España—donde tengo la honra de colaborar, ya pueden dedicarse unas líneas, á modo de epitafio sentimental, á este erudito laborioso y silencioso, desentendiéndonos un poco de los viles tiquismiquis políticos, que pasan y se disipan como humareda de fuegos artificiales, para hablar de la Historia y de la Poesía... que no pasan...

Un poeta español, D. Narciso de Foxá, que escribió á mediados del siglo pasado un *Canto épico al descubrimiento de América por Cristóbal Colón* (Madrid, 1849) vino á expresar en forma lírica y de modo confuso y sibilino (como de vidente, de vate, de adi-

vino, de *oftalmos*, como Víctor Hugo gustaba de llamar al poeta) lo que años más tarde, en forma histórica de *hipótesis documentada*, había de exponer D. Celso García de la Riega, ganoso de reivindicar para la patria chica la cuna del inmortal navegante. Una vez más se demuestra que no es tan cierta como Aristóteles suponía, aquella sentencia de que la lírica suele ser más verosímil que la historia. En este caso no ocurrió así.

El poeta cantaba:

*¡A tu memoria el genovés levanta  
gigante estatua que respeta el viento,  
de noble aspecto y de riqueza tanta,  
cuanta puede crear el pensamiento!*

*Pero la patria que tu nombre canta  
y te consagra eterno monumento  
¿qué parte tuvo en tu inmortal hazaña?  
¡Toda tu gloria pertenece á España!...*

Después, D. Celso García de la Riega y don Constantino Horta, de una manera más explícita y terminante, intentaron demostrar que no ya la gloria y la fama, sino la cuna de Colón, pertenecen á España...

No hay razón para creer que España no fuese su patria, porque no tratamos todo lo bien que se merecía al gran almirante. Más bien este es un argumento en favor de la supuesta patria de Colón en España, un argumento de índole moral, claro está.

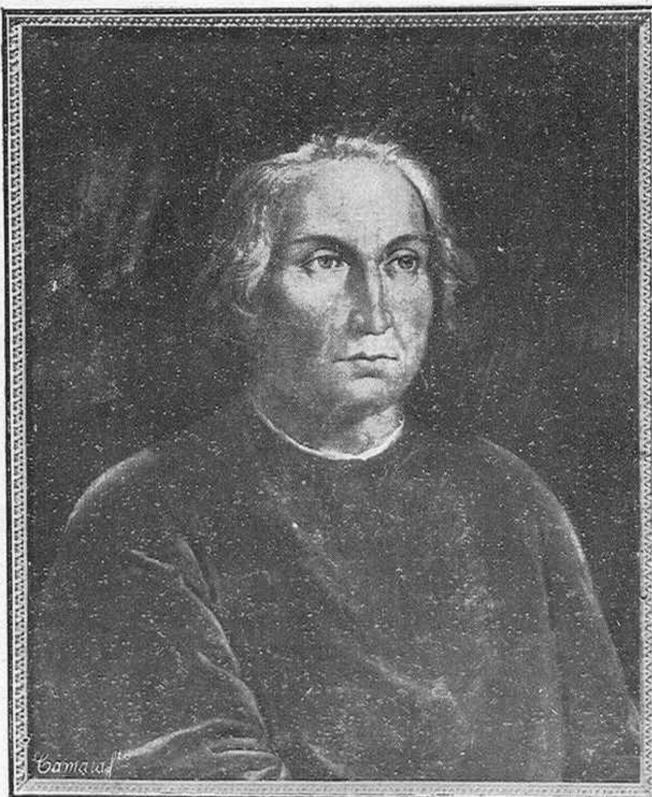
Nuestro rey de entonces no era todo lo avisado y perspicaz que debe ser un rey; tal vez le tenía cuenta no conceder importancia á Colón... *por el momento*. Pero su negligencia y descuido no dan derecho á tratarle tan despiadadamente como lo trata el conde Roselly de Lorques.

«Fernando de Aragón se lisonjaba de engañar á la posteridad, así como había escamoteado la opinión de su pueblo, juguetado al cubilete con los diplomáticos, trapeado con los príncipes, mofándose de los reyes y procurado chasquear al Sumo Pontífice... y lo logró hasta cierto punto.» (*Histoire posthume de Christophe Colomb*, página 44; Emile Perrin, Libraire-Editeur, Paris, 1885.)

No es necesario ensañarse con el pobre monarca—que bastante tuvo con no ser sino el marido de una gran reina—para convenir en que Colón pudo no ser profeta en su patria y hacer depender la mala acogida que en España tuvo, precisamente de haber sido su país natal...

De todos modos, aunque la hipótesis no nos satisfaga, D. Celso García de la Riega merece un recuerdo perenne de los españoles, y muy especialmente de sus paisanos gallegos, ya que habiéndolos creído dignos de tal gloria, los consideró compatriotas del gran navegante para que no anduviesen mustios, desheredados y sin preclaros hijos, como se dice en el ingenuo poema de Fernán-González:

*Como homes desheredados, foydos an-  
[dovieron]...*



CRISTÓBAL COLÓN  
Retrato de autor desconocido, que se conserva en el Museo de Marina, de Madrid

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO



# PÁGINAS POÉTICAS

## PLEGARIA



Siempre arrodillada  
la niña gemía...  
La Virgen María  
su pena veía  
llorosa y callada.

Las manos de una  
palidez de luna,  
en cruz. La mirada  
tímida y sincera  
perdida en el Cielo,  
y su cabellera  
de oro, trenzada,  
flotando hasta el suelo.

Siempre arrodillada  
la niña gemía...  
La Virgen la oía  
llorosa y callada.

Ella le decía  
suspirando queda:

—¿Por qué, Madre mía,  
por qué en mi ventana  
su escala de seda  
no vió la mañana?

¿Qué dolor cruento  
ha roto estos lazos  
que hoy cantar no siento  
la alondra en sus brazos?  
¿Por qué en sus pupilas  
no contemplo ahora  
temblar las tranquilas  
luces de la aurora?

¡Por esos puñales  
con que os han herido,  
por todos los males  
que Cristo ha sufrido;  
por tantos excesos,  
por tanto quebranto...  
¡que vuelvan sus besos  
á enjugar mi llanto!...

Siempre arrodillada  
la niña gemía...  
La Virgen María  
sus penas veía  
llorosa y callada.

FRANCISCO VILLAESPESA



## CRÓNICA



## TEATRAL

**H**AY que felicitarse de la longevidad de ciertas obras dramáticas en el cartel, porque sobre beneficiar económicamente al escritor, prueba que el público, al que suponíamos cautivo del *cine* y de las *varietés* afrodisiacas, no se ha vuelto aún de espaldas al teatro. En lo que va de temporada—me refiero al género grande,—se han salvado dos obras: *La malquerida* y *El orgullo de Albacete*, que si no se equivalen literariamente, ni tenemos derecho á confundirlas, porque los principios de la democracia no son aplicables al arte, se han disputado en el espacio de dos meses, la atención conmovida ó regocijada de la gente. Esa perdurabilidad de una obra en el cartel, no es frecuente en España, y no porque los dramaturgos no aspiren á ello, sino porque la plenitud del acierto en la escena se alcanza muy de tarde en tarde. Dos caminos se abren ante el dramaturgo para llegar á aquella totalidad de triunfo: la pasión y la risa. Quien describa el amor sexual con todos sus excusables vandalismos y lo inflame con un cierto fuego lírico, se apoderará de la sensibilidad colectiva; será el dueño del público. Para imponerse al espíritu de la muchedumbre, hay que buscar en ella el músculo, no siempre á flor de piel, de sus fanatismos instintivos; sexualidad, amor, odio, fe, ceguera política, etcétera, todo en suma lo que es morbo pasional, común al rebaño humano.

También se domina al público por la vía de la risa; con la exposición de las ridiculeces en que cae á menudo la despreciable prole de Adán y Eva. Somos así de perversos. Como no se logra atraer la simpatía de las muchedumbres, es infiriéndoles la ofensa de obligarlas á que piensen. Esa pretensión, por lo abusiva, suele tener en el teatro muy duros castigos. Por eso, casi todos nuestros autores dramáticos, cuidan de no perturbar el silencio mental de la gente, con el más ligero rumor de ideas. En el transcurso de quince días, dos dramaturgos de los más calificados, los Sres. Linares Rivas y Marquina, nos han invitado á conocer *La fuerza del mal* y *La hiedra*, dos obras considerables, no solamente por la honrosa nombradía de sus autores, sino por la elevación moral de los temas tratados. Aunque entrambos son conocidos del público, no es ocioso el insistir lo que cada uno de ellos representa en la literatura dramática contemporánea. El señor Linares Rivas, es un espíritu satírico que tal vez disimula un gran caudal de bondad escondido tras el follaje de la ironía, pues no siempre se cumple aquello que sostenía Pascal de que «*diseur de bons mots mauvais caractère*». Su arte es frío, como si innatas ó contraídas preocupaciones de buen gusto cohibieran al dramaturgo. En su teatro no grita la pasión, ni llora el dolor de vivir, ni la sensualidad fulgura con todos sus frenéticos impudores.

Es un arte comedido, discreto, sin dejar de ser honrado, apacible y burgués, como un lienzo de Gainsborough. Linares Rivas, no abordará jamás un gran problema sentimental ó moral. Recluido en el mundo de las elegancias, donde rara vez estalla una gran pasión ó se exhibe una gran rebeldía, él mismo se ha condenado á no ver más que mediocridades intelectuales é impotencias de corazón. Ese mundo, al pasar por la pluma del dramaturgo, si no se dignifica moralmente, porque el Sr. Linares Rivas se resiste á ser infiel con la realidad, se hace perdonar por lo menos su glacial tontería. El dramaturgo cuida de que sus personajes se nos aparezcan inteligentes é ingeniosos, y á ratos, hasta preocupados de algún serio problema de conciencia. El ilustre escritor, sabe que esas concesiones generosas, le obligan á deformar un poco la realidad, pero nosotros le absolvemos del pecado, considerando que si las gentes nos fueran presentadas en el teatro como son en la vida social, el público vacilaría entre el tedio y el horror. No; es preciso que la humanidad se nos aparezca en escena un poco ennoblecida, siquiera para que al salir á la calle no empecemos á tiros con el prójimo. Si el claro obscuro de la acción dramática obliga á no excluir la maldad del arte dramático y asociar el

bien y el mal, conviene para que nuestro optimismo no se alarme demasiado, que el bien y la justicia prevalezcan.

Eso sucede en *La fuerza del mal*. Aquel D. Justo que no obedece más que á los gustos de la maldad, concluye por rendirse al imperio de la justicia sentimental, consintiendo que sus hijas Candelaria y Asunción se casen, la primera con un aristócrata arruinado, que á falta de talento tiene tres ó cuatro apellidos ilustres, y la segunda con un muchacho excelente, seducido por el prestigio de la magistratura. Al principio D. Justo se niega á transigir, porque los candidatos á yernos suyos no le hacen gracia, pero al saber que Candelaria ha visitado clandestinamente á su novio, cede, creyendo anticiparse á reparar un daño, que luego resulta imaginario, puesto que la muchacha no ha dado paso alguno que comprometa su honra. Es decir, que el amor que une á su hija con el aristócrata no le parecía á D. Justo motivo suficiente para que sancione la boda.

Ha sido menester que creyese deshonrada á la muchacha para que depusiera su resistencia. Luego, al enterarse de que no se ha consumado entre los novios nada irreparable, retira su consentimiento. Entonces Candelaria se subleva contra la brutal dialéctica de su padre y huye del hogar, refugiándose entre los brazos de su novio. Por fin, D. Justo cede definitivamente y su asentimiento se extiende también á la otra hija.

Como esos hechos eran demasiado endebles para cimentar en ellos una tesis, el Sr. Linares Rivas ha ingerido un personaje más en la acción, un tal Pedro, antiguo empleado de la casa de banca, cuya invalidez y senectud se niega á amparar D. Justo, hasta que el otro le amenaza con deshonrarle, publicando ciertos documentos que comprometen gravemente al

banquero. Está visto, pues, que D. Justo no se doblega más que á la fuerza del mal.

Hay en la comedia del Sr. Linares Rivas, lo que él suele poner siempre que escribe: ingenio, amenidad, buen gusto y una noble aspiración á reflejar en el teatro ciertos panoramas sociales, que si á la postre no resultan muy interesantes, no es por culpa del dramaturgo.

Eduardo Marquina se renueva. Del teatro histórico, frágilmente humano, emigra al realismo burgués; de lo retrospectivo á lo actual. Pero ¿puede asegurarse que esa renovación sea ascendente? *La Hiedra*, drama del señor Marquina, que acabamos de conocer, es, en mi sentir, un interesado alarde de vasallaje del escritor á un gusto estético del público, que si no ha caducado del todo está á punto de pasar. D. José Echegaray dejó vacantes una suma de aplausos y una cantidad de dinero que procedían del teatro, que nadie ha heredado todavía, y el señor Marquina aspira, con sobrados títulos por cierto, á suceder al autor de *El gran Galeoto* en el apacible disfrute de aquellos éxitos.

En *La Hiedra* no apunta la más leve tendencia innovadora, ni por la índole del conflicto moral que se plantea, ni por el procedimiento de conducir la acción. Es el vulgar caso de adulterio, el más frecuente y el que menos excusa merece; el que suscita la vanidad femenina á lengua é infranqueable distancia de la pasión. Una mujer, que viviendo en modesta condición social procura subir á las alturas del rango por la escalera del adulterio; un marido decente que no se aviene á aprobar esa táctica de lucha por el éxito y rompe la coyunda matrimonial, y por último, un padre que, enterado de la degradación moral de su hija, usurpa al marido la misión de liquidar aquella deuda de honor. ¿Batiéndose con el rival? Eso es lo que se le hubiera ocurrido á Echegaray. Eduardo Marquina da á la obra otra solución; el padre asesina á la hija. Es, á la cuenta un influido por la secular tradición judía que castigaba el adulterio con bárbara serenidad.

El público, defraudando sin duda las ilusiones del dramaturgo, no se conmovió ante aquel desenlace que de seguro debió parecerle absurdo. La gente no se resigna á aceptar el que un padre, por pundonoroso que sea, castigue el adulterio de la hija con la misma dureza que el marido. Eso no es humano. La consanguinidad, particularmente si es directa, se sobrepone á todos los escrúpulos y á todas las ofensas, sobre todo, si, como sucede en *La Hiedra*, esas ofensas no alcanzan más que de un modo muy relativo al padre.

En el fondo, la fidelidad conyugal, es una preocupación, saludable moralmente hablando, pero, al fin una preocupación.

Grandes pecadoras han sido y son hijas admirables por la ternura y la abnegación con que cumplen sus deberes filiales. Los padres, por mucho que se disgusten y enojen, ante los descarríos conyugales de sus hijas, no comparten la indignación, en ocasiones homicida, del marido. Su dolor es una forma del miedo á la desconsideración social y de inquietud por el porvenir de la criatura descarriada. Lo que no siente el padre en esos casos, es el escozor en la honra, y si lo siente no es tan agudo que no le deje vivir. ¿Que puede darse el caso excepcional? ¿Que puede haber un padre capaz de matar en aquellas circunstancias? Es posible; pero esa consideración no autoriza al dramaturgo para llevar al teatro esa fórmula de liquidar el deshonor sexual, como si fuese la más corriente. Para un escritor, que no tuviese la brillante historia de Marquina, *La Hiedra* sería una obra de las que justifican unas horas ó unos días de envanecimiento.

Eduardo Marquina, artista literario de sólido talento, debe desdeñar los comendados aplausos con que una minoría acogió su obra en el Teatro Español.

Esa sanción fué tan convencional, como la obra misma.

MANUEL BUENO

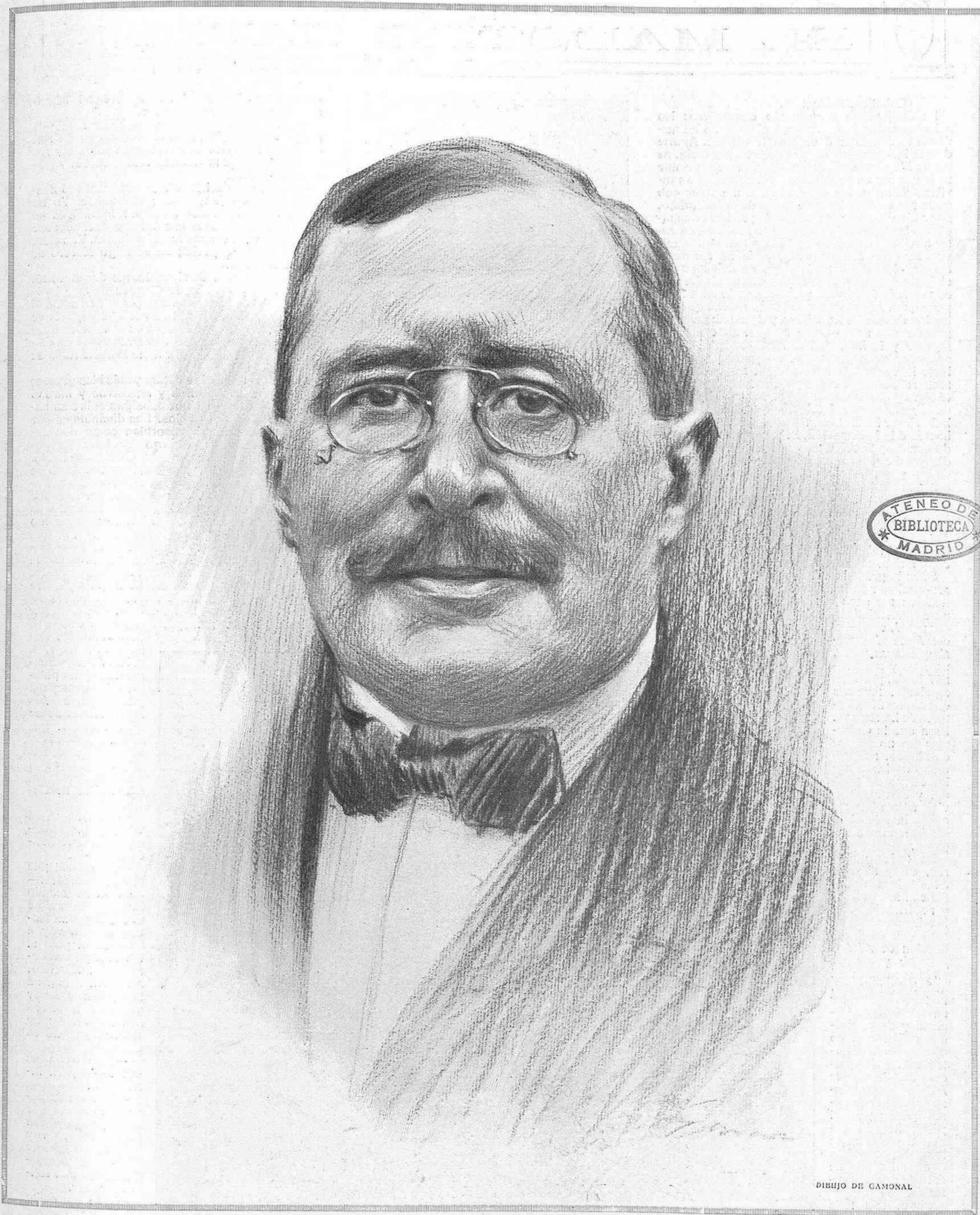


ELEONORA CISNEROS

Bella y notable mezzo soprano del Teatro Real, que ha hecho una brillante temporada

LA ESFERA

☐ NUESTROS GRANDES PRESTIGIOS ☐



DIBUJO DE GANONAL

MARIANO DE CÁVIA

Insigne polígrafo, gloria de la Prensa española



NUESTRAS VISITAS

## EL MAESTRO CAVIA



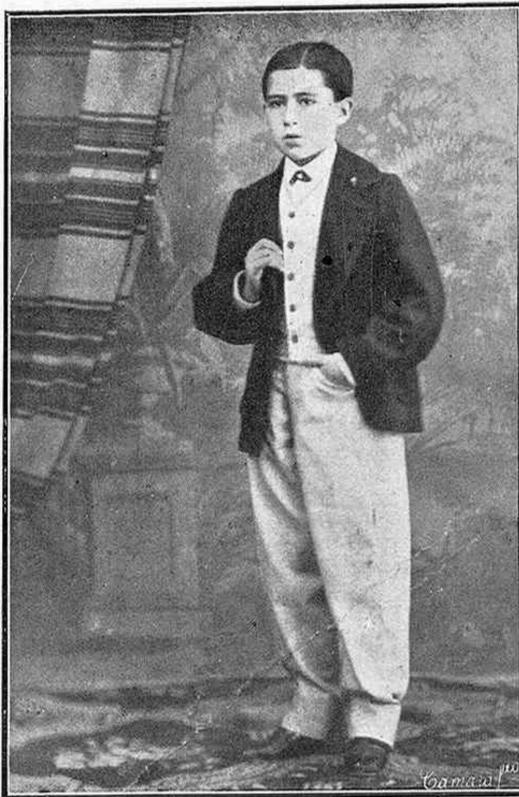
«Caballero Audaz:

Mi distinguido y estimado compañero: No achaque usted á descortesía ni á olvido mi tardanza en contestar á su amable volante. Aparte de que la respuesta no era de gran urgencia, se me ha ido quedando de un día para otro, porque tenía que ser un poco largo, y he llevado un invierno de todos los demontres. Sin contar con otras contrariedades nada flojas de orden íntimo, por cada día hábil que he tenido para mis ocupaciones inexcusables, me he visto precisado á estar otro día en cama, y aun dos y tres consecutivos. En estas condiciones, ¿quién se *confiesa*, aunque el confesor sea de tan atractiva condición como usted? Creería uno que se estaba uno confesando de verdad, y con el propio cura de la parroquia. Agradezco en todo lo mucho que valen los deseos de LA ESFERA y de usted; pero por grandes que sean—como lo son, en efecto—el ingenio y la habilidad de *El Caballero Audaz*, sospecho vehementemente que para sacar adelante la consabida información, tropezaría con tantas dificultades como para encontrar peras en el olmo y cotufas en el golfo. Ni aun el recurso de lo *gráfico*, que á tan admirable altura ha sabido elevar LA ESFERA, tenemos para dar algún interés á la información. Si yo estuviera instalado como un Sorolla, ¡con qué pícaro gusto daría dentera á ciertas gentes! Pero en las condiciones de que gozo, les daría todo lo contrario; es decir, una satisfacción. Desde hace algunos años, vivo acampado, ó sea *de fonda*, como dice el vulgo, y en mi cuarto no reproduciría el fotógrafo, más que montones y más montones de papel. Así como á Robespierre le ahogaba la sangre de Dantón, ¡já mí me ahoga aquello *por do más pecado había*, esto es, el papel impreso!

Si en lo gráfico ni una gota de interés puedo proporcionar en LA ESFERA, en lo demás estoy también tan seco como un esparto. ¿Qué juego, para entretenimiento del curioso público, va á sacar usted, con toda su maña y toda su fuerza, de este *Petrus in cunctis* que NADA HA SIDO, NADA ES Y NADA SERÁ? Nada, por consiguiente, tenemos que contar á los lectores de LA ESFERA. Para que la «información» no saliese en blanco, tendríamos que irnos por los cerros de Ubeda, y esta clase de viaje sólo ofrecería algún interés si lo hiciéramos en aeroplano.

De todas maneras, estoy siempre á las órdenes de usted con todo afecto y reconocimiento, lo mismo en esta su casa que en la redacción de *El Imparcial*; y aunque en lo que atañe á mi humilde persona, no tengo que hablar sino de dolencias físicas y de prosaicas pejuereras, yo ofrezco no dar á usted esta conversación absolutamente *indeseable*. Charlaremos de lo que usted quiera; pero el público... que escuche, si gusta, en un locutorio de monjas ó en un corro de cornejas parlamentarias.

Suyo, con toda simpatía, MARIANO DE CAVIA.»



Mariano de Cavia, á los doce años

Esta amable epístola, no sirvió más que para deleitarnos un rato leyéndola. Como las razones con que se defendía el maestro no eran, á nuestro juicio, suficientes para hacernos desistir del aferrado propósito, optamos Campúa y yo, por

coger un coche y plantarnos en el hotel Términus, que es donde Cavia vive.

—¿Crees que conseguiremos hacer algo?—le pregunté á Campúa, que, arrebujado en un rincón de la berlina, con su máquina sobre las rodillas, recorría la vista distraidamente al través de los cristales.

—No sé qué decirte, chico—me contestó desesperanzado.—Es muy raro este sujeto. Yo no he podido hacerle más que una fotografía en mi vida, que por cierto es la única que de él hay; esa del clavel y el cordoncito de los lentes. Ya verás, es un hombre especial; un enemigo sincero de toda exhibición.

Este pesimismo de Campúa, me desconcertó. El coche se detuvo en la Carrera de San Jerónimo frente al 16 y echamos pie á tierra. En el amplio portalón, convertido por arte y gracia de nuestro portentoso Calvache en exposición fotográfica, nos tropezamos con D. Mariano de Cavia, que acompañado por un mozalbeta rubio se disponía á salir.

Cavia es regular de estatura y más bien grueso; tiene los ojos pequeños y agresivos y mira al través de unos lentes que cabalgan sobre su nariz, tintada de vivos rojos. Las diminutas gafas de su bigote gris, se ensortijan como dos anchoas. Su boca, de labios gordos, hace una prominencia de carne en su cara. Cuando os habla, contrae el entrecejo, y sus ojillos vivísimos se hunden entre el terror de mil arrugas. Cavia viste decente y limpio, pero descuidado. Este día llevaba un sombrero hongo muy recogido de alas; un gabán marrón, una bufanda del mismo color y unas botas de elásticos, negras, de una longitud asombrosa. Su gesto habitual es de displicencia, expresión desdefiosa, que será la que emplee para leer este artículo. Sin embargo, lee todo y habla bruscamente; pero cada palabra suya es una idea luminosa, sazónada con las especias de una gracia espontánea, que hace reír y hace pensar. Y luego, cuando su charla se

exalta para rebelarse contra algo, ó quiere darle más expresión á sus palabras, las acompaña por acompasados movimientos de su diestra mano, que cierra empujando el dedo anular con el pulgar. Este es el movimiento más característico de Cavia.

—Contra usted venimos, maestro—exclamé, estrechando su mano.

—¡Caramba! ¡Me alarman ustedes!—contestó ahuecando la voz y mirando á Campúa y á mí fijamente.—Yo voy á un recado, pero si les parece, subiremos á mi celda. ¿Hem?... Aunque á la visita que voy pueden ustedes acompañarme muy bien, porque no es de cumplido.

—¿De quién se trata?—inquirí, interesado.

—Se trata de pagar una deuda que tengo pendiente con Campoamor. Y voy al Retiro á llevarle ésto—explicó, mostrándonos una cajita cuadrada.

—Y en esa cajita ¿le llevará usted flores?



Cavia en uno de los puentecillos del Parque del Oeste

—Se ha equivocado usted, *Caballero Audaz*. Esta cajita es de la *Mahonesa* y en ella le llevo á Campoamor ¡dulces!

Campúa soltó una carcajada.

—No le comprendo á usted, D. Mariano—dije.

—Si me acompañan ustedes, les explicaré por el camino este caso, que á la simple vista parece una rareza, y que es una deuda que tengo con el autor de los *Pequeños poemas*.

—¡No deseabamos otra cosa!

—Ahora bien, suplico á ustedes—advirtió muy serio—que prescindan esta tarde del oficio. ¡Nada de fotografías ni demás engorros! ¿Hem?... Dejen ustedes eso para los estafermos que quieran lucirse; yo lo detesto. Además, como le decía á usted en mi carta, amigo *Audaz*, lo más interesante de mi vida, es que no fui nada, que no soy nadie, ni tengo nada, ni lo tendré, ni lo quiero. Yo jamás he percibido ninguna adehala, sueldo ó gratificación del Estado. Me atengo á lo pagado por lo servido: artículo que escribo, artículo que cobro y entrada por salida. ¿Hem?...

Ya en la calle, ofrecimos á Cavia nuestra destartada berlina. Cuando nos hubimos acomodado, aplastándonos uno contra otro, dentro de ella, exclamó el ilustre polígrafo:

—Esto presenta todos los aspectos de un rapto... ¿Hem?... *El rapto de la Sabina*.

Dió unas órdenes al mozalbete rubio, y el coche partió ligero, camino del Retiro.

—¿Ese es García, su antiguo escudero—le pregunté refiriéndome al ordenanza.

—No, señor: García I..., mi inseparable escudero, está el pobre enfermo, desde hace seis meses, y no puede acompañarme y he tenido que buscar este otro, que es García II. Para mí es tan necesario García como para Don Quijote Sancho. Con él entablo mis coloquios, le hago discurrir y opinar, y casi siempre rectificar.

—¿Es usted casado ó viudo, D. Mariano?...

—Ni lo uno ni lo otro: soy soltero por precaución... ¿hem?...

Reímos.

—¿Y qué edad tiene usted?...

—Nací en Septiembre del 55. Es todo lo que me permite decirle mi pudor.

—¿Estudió usted?...

—Con los jesuitas; pero esto no lo diga, porque me va á crear muchas enemistades. ¿Hem?

—¿A qué edad empezó usted á escribir?...

—Cuando tenía veintitún años. A los veinticinco ó veintiseis entré en *El Liberal*; de allí salté para *El Imparcial*.

—¿Cuántas crónicas llevará usted escritas?

—¡Horror! No me hable usted de eso por que se me amargan hasta los dulces de la caja. Son tantas, que ya, hasta durmiendo las hago...

—Y en política ¿no ha militado jamás en ningún partido?...

—En política he sido sistemáticamente de la oposición: molestando al que manda, y no obstante ha intentado, á veces, arrastrarme la corriente... ¡no es posible! ¿hem?...

—Y del movimiento literario ¿qué opina usted?

—Del movimiento ó mejor, si se quiere, del meneo literario ¡ni una palabra!... Así y todo, les parecerá á muchos que he dicho demasiado...

—Por fin ¿no presenta usted su candidatura para ingresar en la Academia?

—No, señor, yo no lo solicito por que no me lo permiten mi modestia y mi soberbia. Y no es paradoja. Mi modestia no me deja llegar á las puertas de la Academia, diciendo: ¿qué les parece á ustedes? Y para mi soberbia sería mortal el golpe de cerrarme la puerta. Así es, que si me lo traen á casa, bien.

—Pero volvamos al raro motivo que le induce á llevarle á Campoamor esos dulces.

—Verá usted. Cuando á Romero Robledo se le ocurrió, como homenaje á Campoamor, su coronación oficial, yo no pude por menos que protestar en *El Liberal* de tamaño dislate. No hay nada más cursi, más molesto y más ridículo que la coronación oficial de un poeta. Además, tratábase de Campoamor, que detestaba todas estas majaderías. Proponía yo en mi crónica que el homenaje fuera una sencilla visita ó reunión de las mujeres de todas clases que sintieran admiración por el poeta. Y nada más. Vivía yo entonces en un cuartito principal de la calle de la Amnistía y aquella tarde, estando leyendo, sentí detenerse un coche. Me estremecí porque supuse que era alguna impertinente visita, de las mil que no me dejan vivir á gusto, cuando me encuentro con el inflado de Salillas. «Vengo—me dijo—porque D. Ramón ha leído tu crónica de esta mañana y tiene imprescindible necesidad de hablarte.»—«Bueno, pues dile que ya iré yo á verle.»—«No, si es que está abajo, en el coche, esperándole.»—«¡Pero hombre! ¿por qué no ha subido?»—«¡Como está tan viejo!»—«Pues, nada ¡vamos allá!»—Bajamos, y me encontré á mi buen Campoamor, esperándome, tranquilamente, en el coche. Al verme, exclamó: «Pero, ¡por Dios, Ma-

riano! ¿qué quieres hacer conmigo?... ¡Nada de homenajes! ¡Aparta de mi ese cáliz ó porrón envenenado! ¿Quieres ponerme en ridículo al final de mi vida?... ¿Quieres presentarme como *Periquito entre ellas*?... ¡No! ¡No! No quiero homenajes. ¡No quiero mujeres!... Es necesario que rectifiques, Mariano, y vengo con el decidido propósito de sobornarte.»—«A mí, D. Ramón, usted me soborna siempre que quiera, y muy económicamente, sin un céntimo.»—«¡No! ¡no!—me contestó,—vengo dispuesto á sobornarte en toda regla, con esta dádiva que te entrego.»—Y me dió el pobre D. Ramón una cajita de dulces de la *Mahonesa*, idéntica á esta.»—«¡Ah! conque usted me compra con dulces?—le dije—pues en castigo, nos los tenemos que comer ahora juntos, y se tiene usted que *atizar* tantas *lamparillas* de manzanilla como yo.» ¡Se horrorizó! Bajé de casa una porrona de vino de manzanilla, y allí, en el mismo coche, consumimos los dulces y unas cuantas cañas...—«Otro día pones tú los dulces y yo la manzanilla—me dijo al marchar D. Ramón.»—«Convenidos.»—Pasó algún tiempo, y murió mi gran amigo... sin yo haber podido cumplir el compromiso. Y hoy, que después de varios días de cama, salgo por primera vez, desde el descubrimiento de su estatua, créome obligado á pagar la deuda. Le llevo aquí unos tocinos de cielo, porque le gustaban mucho. Ahora bien, como D. Ramón desgraciadamente no puede comerlos, invito al gran Campúa y al *Caballero Audaz*, á que me acompañen á comer el contenido de esta caja en presencia de Campoamor y brindando por su gloria, ¿hem?...

—Conformes, D. Mariano—aceptamos.

Paró el *simón* en el Retiro, al lado de la estatua del cantor de las mujeres. La tarde era diáfana, azul. Tarde de primavera.

—¡Pobre amigo!—exclamó Cavia, ante el monumento.—Tú que no querías mujeres, te han colocado para *in eterna* tres que parece que te están convenciendo para que hagas alguna picardía de viejo verde. Además; ¡esos pantalones detestables, esa diabólica chistera, que así, á tu lado, en mármol, se asemeja á un útil de *más necesidad*!... ¿Hem?... Te conocía bien y sé que tu alma estará roja de bochorno é indignación; yo te acompaño.

Calló Cavia y comenzó á desenvolver la caja de dulces. Algunos curiosos pasaban indiferentes alrededor de nosotros... Nadie dijo «ese es Cavia»... Todo el mundo le ha leído, todos admiran su nombre y pocos lo han podido contemplar ni personalmente ni en fotografía. Huye de la exhibición y del aplauso. *¡Este es Cavia*.

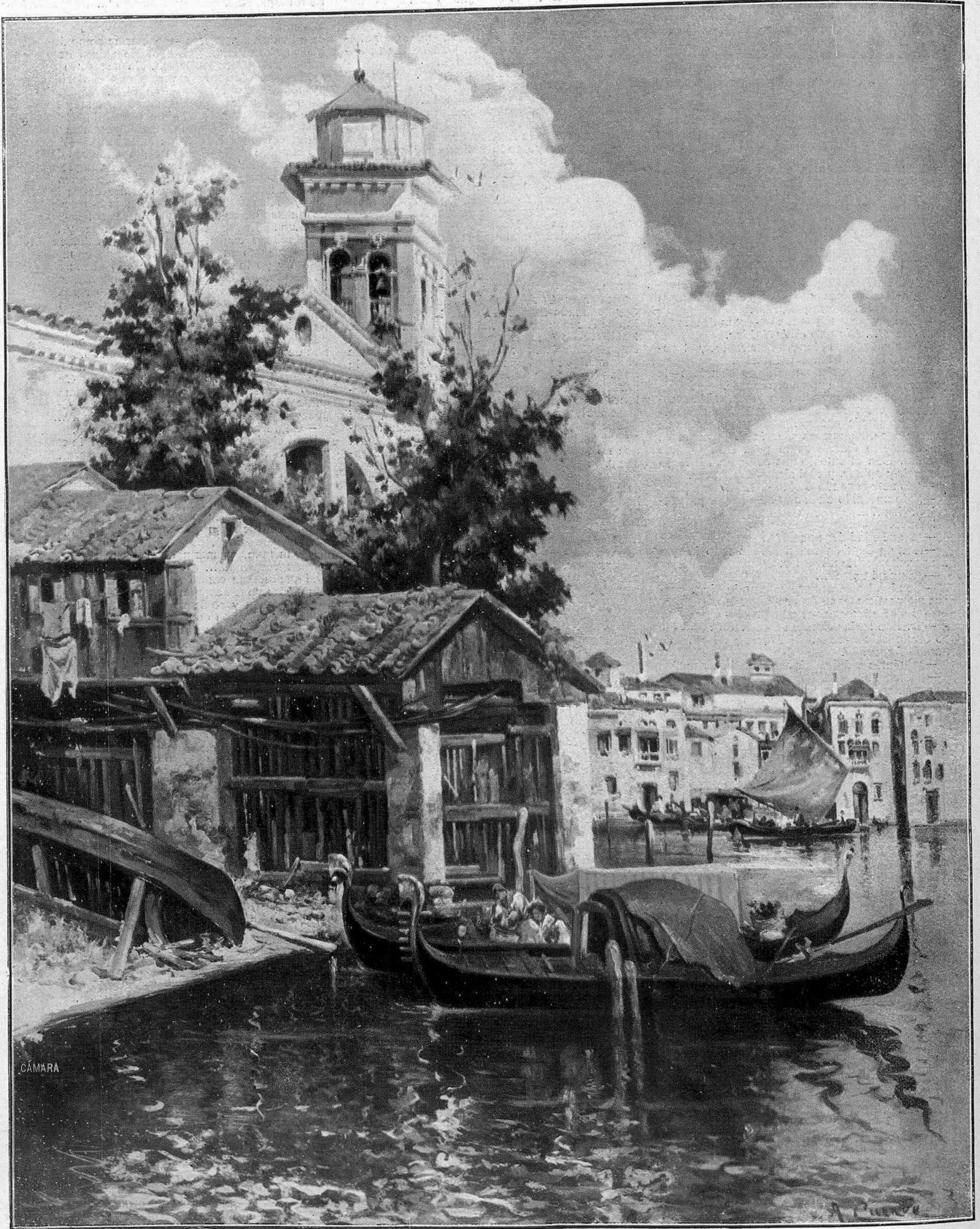
EL CABALLERO AUDAZ



Mariano de Cavia, en uno de sus paseos por el Retiro

FOTS. CAMPÚA

LA ESFERA  
PÁGINAS ARTÍSTICAS



CÁMARA

UN RINCÓN DE VENECIA, por Andrés Cuervo

# LA BABILONIA PINTOESCA



ATENEOD  
BIBLIOTECA  
MADRID

Un modo poco vulgar de ejercer el pastoreo

Cerca de Bagdad, el Tigris y el Eufrates se separan considerablemente, para volver á unirse á un centenar de kilómetros al Sur, formando el Chaff-el-Arab. La faja de tierra entre ellos comprendida, es el viejo reino de Babilonia, hoy casi desierto. Allí sólo habitan algunos agricultores pobrísimos, que, para llevar sus ganados á praderas, distantes 20 ó 30 kilómetros, tienen que conducirlos á nado por un terreno sembrado de canales y pantanos. Es un vivir doloroso y miserable, del que no puede tener ni remota idea el más pobre de los labradores europeos

# LA VIDA ARISTOCRÁTICA EN LONDRES DURANTE EL INVIERNO



EL COMEDOR DEL "CLUB DEL LOTO", Á LA HORA DE LA CENA

Una de las últimas «creaciones» de la moda en la alta aristocracia londinense es el Lotus Club. Su solo objeto es tener un punto de reunión, después del teatro, donde poder cenar y entregarse á los placeres del baile los muchachos solteros y sus amigas y los casados jóvenes, sin la restricción de hora que imponen los reglamentos de policía á los *restaurants* y grandes hoteles. La cena es amenizada por conciertos de música exótica, como conviene el título de este centro mundano, bien representativo del espíritu inglés, cosmopolita y amante, al mismo tiempo, del *home*.



LOS SOCIOS DEL "LOTUS CLUB" BAILANDO EL TANGO ARGENTINO Y LA "MATCHICHA", DESPUÉS DE LA CENA

Inmediatamente después de la cena, los socios del Lotus Club se reúnen en el salón de fiestas, situado debajo del comedor, y, á los acordes del piano, pulsado por un artista negro, gran intérprete de tangos y *matchichas*, rinden culto á Terpsícore hasta altas horas de la madrugada. La apertura del Club del Loto ha sido la nota *smart* de la vida aristocrática de Londres, y seguramente no tardará en ser coplada la institución por los parisienses, siempre al acecho de la novedad lanzada allende el Canal de la Mancha. Y ésta con tanto más motivo cuanto que favorece la vida nocturna.

CUENTOS ESPAÑOLES  
LA PASIÓN FATAL

—¡Madre!

La vieja estaba en su cuarto de labor, con las gafas sobre la costura, zurciendo, remendando... El gato, un gato viejo y bonancible, dormía al calor de un rayito solar, frío y tenue, que se colaba por la ventanuca. Estaba de espaldas la viejecita, y se veía sólo un rodete blanco y antiguo, rodete de abuela; una espalda corcovada ya; y la

cas en sus búcaros, había nacido para deleitar sus treinta años de soltero sin fortuna. Olería su perfume durante un día, una semana, un mes, un año; se cansaría ella del mísero empleadote de bigotes rubios; echaría cada cual por su atajo; y sólo quedaría una emoción ingénua y titilante en su alma, como una eterna, fresca y virginal gota de rocío.

Se detuvo, y en un tono patético, exclamó rompiendo á llorar:

—¡Quiero ser buena! ¿Lo sabes? ¡Buena, buena!

Aquel mismo día contábale Joaquín á su madre que había pensado en el matrimonio, que le había llegado la hora, que no la abandonaría, que seguiría trabajando para ella, como ella se



mano derecha, gofa, marcada por cárdenas venitas, que se movía cosiendo.

—¡Madre!

Había llegado Joaquín, todavía irresoluto, y se había detenido bajo el dintel, sin atreverse á profanar aquella quietud. Sí; lo había decidido... Casarse con ella; huirían fuera de Madrid, de España, del orbe si pudiera ser... La noche anterior habíasele clamado en un transporte de violencia y de celo, al salir de su reja, llenas las manos de las suyas, llenos de aquellas pupilas negras y ávidas, sus ojos atónitos. «¿Cuándo nos casamos, amor?» «Ella no quiere». «Pues aunque no quiera». «¿Escaparías conmigo?» De la boquita roja y fuerte, vino un «sí».

Y lo había meditado enteramente ya, durante la noche de insomnio. Era una pasión absorbente y definitiva, la fatal, aquélla á la que ningún nacido se sustraía. Cuando empezaron las relaciones—¡bah!—pensaba—¡es un bonito divertimento! Guapa y fácil, con una historia de amor larga, voluptuosa, compleja y original, aquella criatura morena, de ojos fascinantes, que tenía un piano muy alegre y unas flores siempre fres-

Pero, no... Había echado raíces aquel enamoramiento baladí. A cada instante parecían crecer los hechizos de aquella muñequita perversa y banal, flor de pasiones efímeras y cálidas. Los dorados cabellitos de la nuca... El dedo meñique, diminuto y diabólico, correteando por las teclas... Sus ojos, al volverse para darle un beso... El revoloteo de su falda cuando iba, irresoluta y graciosa, por las habitaciones, bella y pueril como un ave bonita y sin sentido.

Un día Joaquín, tigre que acechaba, celoso, las huellas de su amada, pareció advertir en Carmen cierta sombra...

—Algo te ocurre, Carmen.

—Sí.

—Dime...

Ella subió sus brazos hasta la nuca de oro, y suspiró:

—No soy dichosa. Amo, y no me quieren... Deseo libertarme de mis penas, de mis amarguras, de mi vergüenza, de mi pasada vergüenza; lucho por darle á mi vida un cauce de seriedad, de gravedad, de honra, y no me comprenden... Oyelo bien...

afaná, viuda y pobre, hasta darle carrera, y ver lo dichoso y fuerte, hecho un hombretón.

—Bien, hijo—respondió la madre, lloriqueando con la emoción del discurso,—cásate.

Miró á Joaquín al través de sus gafas, y como si se hubiese aliviado de una cuita, añadió:

—Será una mujer buena, honrada, trabajadora y humilde... ¡Qué alegría! ¡Así dejarás tus malos pasos, entrarás en razón, y no volverás á enredarte con esas pindongas que tanto me han hecho sufrir... ¿Reñiste ya con esa... con la malvada? ¿Cuándo, cuándo es la boda? ¿Cómo se llama tu prometida? ¡No me habías dicho nada! ¡Ven, ven á darme un beso!

Joaquín se quedó consternado, exánime, sin fuerzas para confesar su delito, para decirle á la mísera viejuca de su alma, que la mujer soñada, no era ni buena, ni honrada, ni trabajadora, ni humilde... ¡que era la pindonga! Aquel mismo día riñó con Carmen. Al día siguiente volvió á sus brazos más apasionado, más trémulo, más feliz que nunca.

—¡Madre!

La madre se volvió con una sonrisa de amor

infinito, sorprendida por aquella súbita llamada. El gato se despezó lentamente; vió que el rayito solar se había corrido hacia el rincón; se alzó despacio, sensual y epicúreo; llegó hasta la franja de luz y tornó á dormir.

—Dime. ¿Qué deseas?

Cruzó una duda trágica por el cerebro del malvado. Sentíase cobarde. Aquel sosiego le había intimidado. Había sentido terror de alterar todo aquello con un ademán de violencia, de barbarie...; aquel gato dormilón y apacible; aquella costura de mujer casera, honrada; aquellas gafas de senilidad; aquellos respuntes; aquel espíritu bueno y sencillo, que no sabía de pasiones refinadas y que jamás hubiera encontrado justo que un hombre asesine por amor; aquel rayo de luz amarilla que sonreía en el rincón, coruscando la maraña de *Chichi*.

—Dime, hijo: ¿qué deseas? ¿Qué tienes? ¿Sufrés? Parece como si padecieras una pena muy grande. Ven, ven, soy tu madre, tu madrecita... ¡Cuéntamelo todo!...

Y entonces Joaquín, seducido por aquel dretimiento de amor, habló sin tregua, en torbellino, y lo confesó todo, desnudamente, descarnadamente, como un bellaco.

—Es mala... Quizás no... Pero la adoro. Me hará desdichado... Pero es idolatría, locura, lo que por ella siento. No es como tú soñaste á mi esposa: humilde y tranquila, con una costura y un gato... Es tumultuosa y locuaz. No es honrada... No, madre... Y la ansío, la apetezco lleno de fiebre. Mátame, despréciamе, aborreceme... La amo, la adoro, la idolatro, la venero. Exije mi nom-

bre y se lo doy. Esta es mi culpa, la culpa que vengo á confesarte, por la que vengo á pedirte que me absuelvas.

Pero ella se irguió. Estaba pálida como una difunta, seria, inalterable, como la Justicia.

—Oyeme bien... ¡Jamás! Eso, ¡jamás! Hice por tí cuantos sacrificios pudiera hacer madre. Te parí; te di el pecho; te dormí en la cuna; cuidé tus males; pasé noches enteras sin dormir, velándote, cuando estuviste enfermo; ayuné para que no te faltara el alimento; trabajé con mis manos para hacerte culto... Nada te pido en cambio. Si quieres, volveré á trabajar para alimentarme. Gasta con ella, ríe con ella... Pero casarte, ¡no! ¿Lo entiendes? ¡Casarte, no! Tu padre me afrentaría desde el cielo.

Dió tres pasos inciertos y volvió á sentarse. *Chichi* había despertado y se lamía las patas. El rayito de sol, había desaparecido. Y entonces Joaquín, tácito, sin decir palabra, salió lentamente.

Ya en su alcoba se miró al espejo. Estaba lívido. Pensó. ¿Qué haría? ¿Resignarse? ¿Abandonar aquel amor? Cerró los ojos, y la vió al piano. El dedo meñique, aquel diablillo, correteaba por las teclas. La nuca de oro brillaba tentadora. Los hombros de nieve se volvían, y al escuchar el paso del amante, sus ojos negros, líquidos, fulgían, mientras la boca era un clavel. Tornó á mirarse al espejo. Estaba demacrado, enfiebreado. Las ojeras eran surcos de angustia y de cansancio.

—¡No!—dijo,—es imposible.

Y sintió un súbito y bárbaro aborrecimiento

por aquella mísera y deleznable mujer arrugada y temblona, que remendaba y zurcía sus vestidos, y que, al fin de su vida, achacosa y tenaz, se oponía á sus caprichos como un obstáculo invencible:

—¡No!—dijo ya calmado, sereno, confortado por un pensamiento que se le antojó recto, justo:—la vejez carece de razón para vencer á la juventud, para arrollarla, para extinguirla. Soy libre. ¡Amo!

Abrió sigilosamente su cómoda; sacó todo el dinero que allí había; metió en la maleta sus ropas más precisas y alguna joya tradicional en la casa, y avanzó de puntillas por el corredor, con el corazón azorado.

Como en el hogar no vivía nadie más que su madre y *Chichi*, y ellos estaban allá, remotos é inocentes, nadie pudo verle. Su pensamiento estaba confuso. Le parecía que realizaba á la vez un crimen y un acto heroico. Tropezó con un mueble, y se quedó aterrado durante un segundo, lleno de pavor, sin fuerzas. Pero nada se oía en el hogar. Continuó avanzando... Abrió el picaporte, miró la escalera... Nadie... Luego miró otra vez hacia adentro. Nada... Y al fin, cobardemente, miserablemente, como un ladronzuelo, bajó la escalera y se alejó fugitivo, gozoso ya, como si escapara de una mazmorra y fuese en busca de la luz, de la felicidad, del triunfo...

.....  
Un año después, en París, cierto español, abandonado por una mujer, se daba un tiro en la cabeza.

DIBUJOS DE DHOY

Luis ANTÓN DEL OLMET



# SEVILLA TRADICIONAL É HISTÓRICA

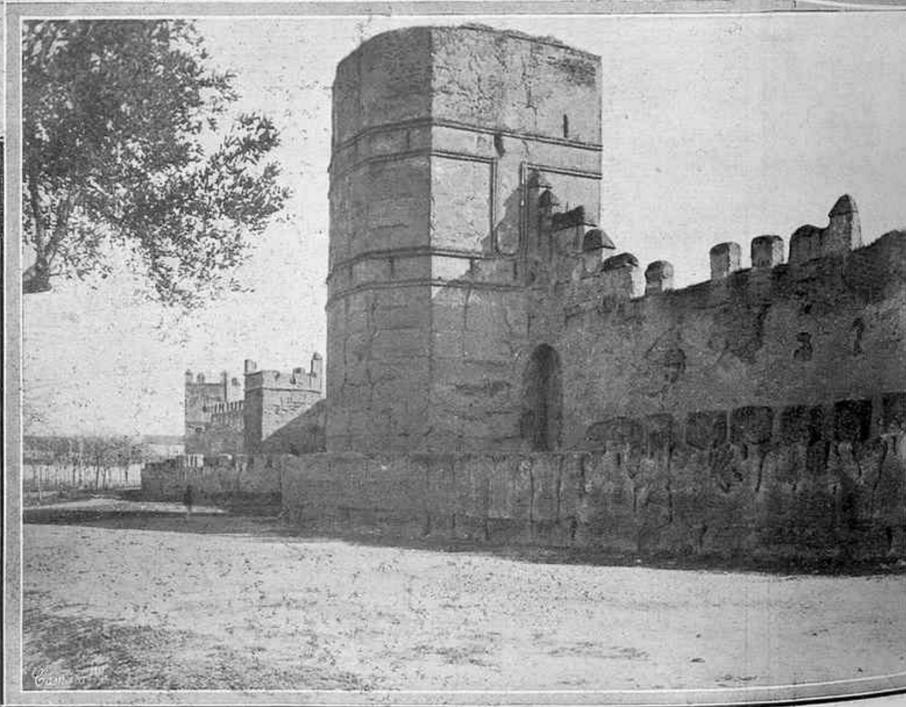


Una de las pintorescas calles que rodean las murallas del Alcázar

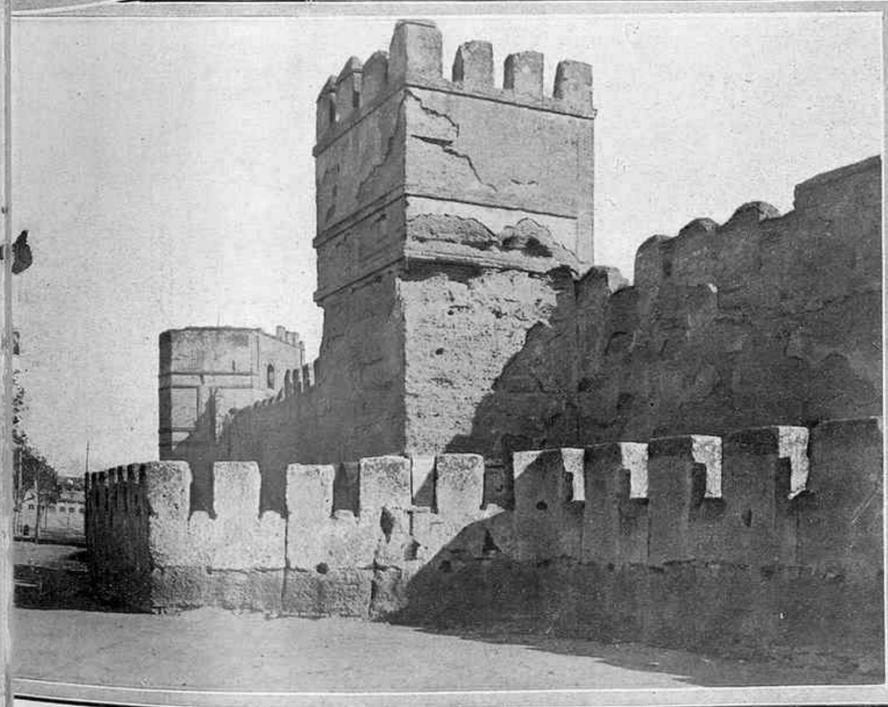
Es Sevilla como un viejo arcón, roblizo y fuerte, detrás de cuyas tablas primorosas y al amparo de sus áureos herrajes labrados con finura y endurecidos en la forja, hubiesen depositado cuidadosamente las muertas edades el tesoro de sus recuerdos, el caudal valioso de sus inspiraciones artísticas y la riqueza de sus emociones espirituales.

Los ojos, perseguidores de la belleza, se sacian en la contemplación de sus admirables monumentos, pasmo y maravilla de quien los estudia; la curiosidad se nutre del ambiente donde se desarrollan siempre las rancias leyendas de amores y venganzas, de duelos y pesares, que pasan por todos los labios y alegran ó contristan todos los espíritus, y el alma se siente poseída de un bienestar extraño, de una sensación especial no advertida en ningún otro pueblo del mundo, que es deleite en presencia y nostálgica añoranza en la lejanía.

Porque es Sevilla, contemporánea como histórica, palpitadora y rebosante de vida como evocada en la lontananza de los recuerdos que duermen, la ciudad del contraste eterno, del bienestar comunicativo y del hondo pesar melancólico; de la luz cegadora y brillante que da como cuchilladas de sol, en las revueltas de sus esquinas, y de la luz ténue y suave que baja á los jardines encantadores, donde hasta el aire pasa quedo, agarrándose á las ramas de los árboles altos para resbalar por su tronco y besar los arrayanes y los claveles, tenuemente, con temblor, como besa el cariño sigiloso de la madre al niño dormido; la ciudad que rie cuando flora y llora riendo, la que pone en la tristeza de sus cantares el



Murallas romanas en el barrio de la Macarena



Un torreón en las murallas del paseo de Ronda

FOTS. CAMPÉA

Una de las calles más típicas del antiguo barrio de Santa Cruz

principio de su alegría ufana y vencedora sobre las quejumbres, como la rosa sobre el agudo lecho de sus espinas...

Allí, en la bella ciudad deseada, domina el amor. Y el amor que es fe, ilusión y optimismo, tiene perpetuamente de rosa los negros horizontes de la vida. Y vive en ella el amor más bien que en ningún sitio, porque tiene cuna de flores y caricias de sol; porque se acoge al secreto de las calles estrechas y tortuosas y en una ventana, que parece un altar, ofrenda ante las turgencias de la virgen morena de negros ojos fascinadores y labios sangrientos, como los claveles de sus macetas, todos los deseos y todas las idolatrías; porque anida en los patios bajo la gallarda altivez de los arcos mudéjares, ó en la penumbra confidencial de un ángulo, cantado por las fuentes rumorosas, reflejado como en un espejo por el limpio cristal de las aguas, que conserva entre las tonalidades azules del cielo la silueta de pálidos perfiles de mujer y de radiantes caras masculinas; porque baila entre la jarana de las fiestas, popular y regocijado, y mata en el antiguo ventorro, sobre la carretera polvorienta, rabioso por los celos, herido por las amarguras del desengaño, retador y violento, con la aguda navaja en la nerviosa mano vencedora... Porque vive en las horas del véspero sevillano cuando van por el aire las coplas y las risas, los suspiros y las promesas.

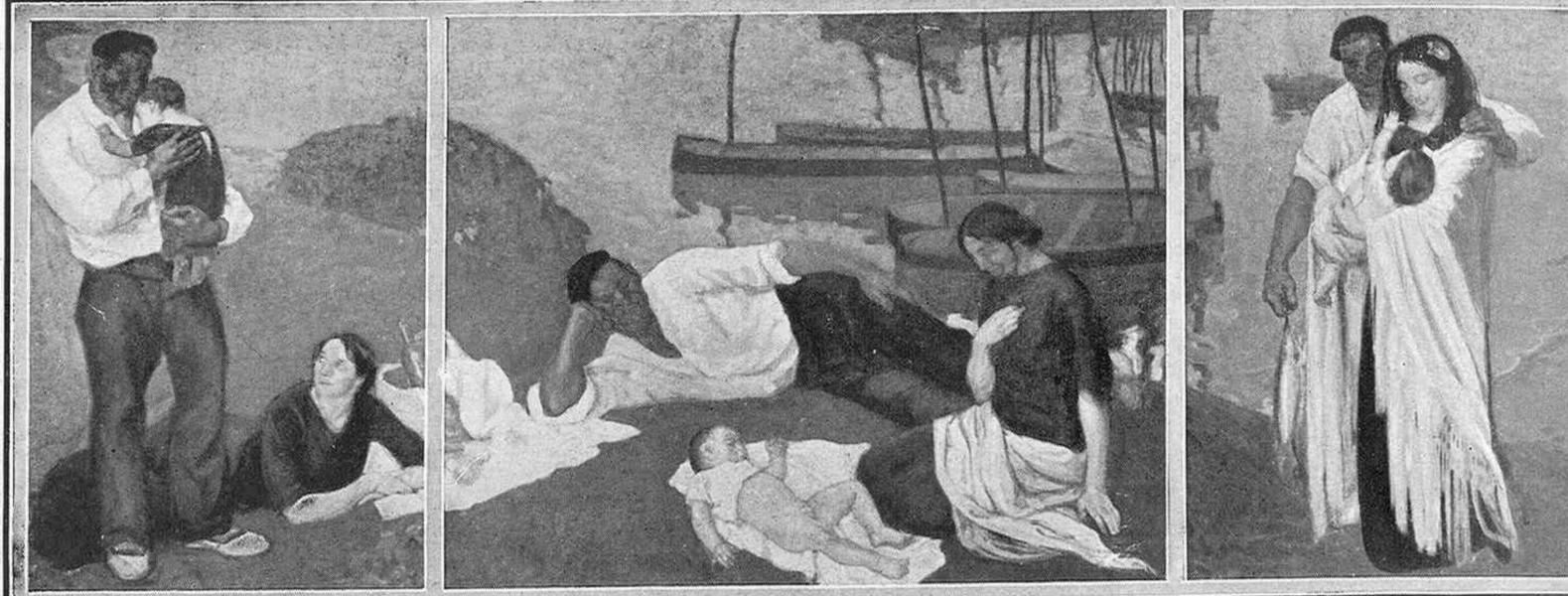
Sevilla. El brujo poeta de los amores escribió la frase definitiva que el culto dedicado á una ingrata te robó: ¡Poesía eres tú!

ROGELIO PÉREZ OLIVARES



El "ski-joring", emocionante deporte invernal, que, como muestra el grabado, consiste en dejarse arrastrar los patinadores por caballos lanzados á todo galope en las carreteras cubiertas de nieve, ha constituido este año el ejercicio favorito de los aristocráticos "sportsmen" en la pintoresca Suiza

BIBLIOTECA  
MADRID



"Maternidad", tríptico de Vázquez Díaz

LOS ESPAÑOLES EN PARÍS

EL PINTOR VÁZQUEZ DÍAZ

EN un barrio aristocrático, con un fondo en el que se alza airosa la torre Eiffel y se divisa la Gran Rueda, el boulevard Duquesne tiene algo de suntuoso. Sus casas son enormes; diríase que en ellas sólo avicinan familias poderosas, ricas, de completo bienestar y que prescinden del bullicio de la gran ciudad.

Una de estas casas alberga al pintor español Vázquez Díaz, sevillano, efusivo apasionado por su arte y constantemente decidido a luchar por él. Allí trabaja, allí recuerda con amargura el sol de su patria y lanza miradas tristes al cielo gris que divisa por entre los cristales de su estudio. ¡El Sol! ¡Cuánto daría Vázquez Díaz por ver un rayito de él en estos momentos en que su atención y su actividad se detienen ante un trabajo comenzado y para el que son absolutamente indispensables la luz y el ambiente españoles! Se trata de un cuadro de toreros. ¿Cómo pintarlos allí, en aquel estudio en que la claridad penetra muy velada, por la niebla que rodea todo?

—Es un tríptico—dice el pintor, que sueña con añadir un triunfo más a los que ya consiguió con aquel otro gran cuadro suyo, *La muerte del torero*. Verá usted. La vida del torero es interesante. Yo la he seguido de cerca allá, en mi tierra, en Sevilla y quisiera poder pintar muchos cuadros para expresarla por completo. Por ahora me limitaré a hacer tres, que constituyen una verdadera historia de uno de esos muchachos valientes y decididos, de uno de los que desprecian la vida por verse halagados, ricos, aclamados por las multitudes.

¿Estamos en el estudio de un pintor en París? ¿Verdad que no lo parece, a juzgar por el sesgo que toma la conversación? Los tres españoles que allí nos encontramos—con Vázquez Díaz



Vázquez Díaz ante el retrato de su padre, que ha pintado recientemente

y conmigo está Ribas, el ingenioso dibujante que tan rápidamente ha conseguido triunfar en París, á su vuelta de la Argentina—damos al olvido que hemos empezado á hablar de pintura, y ahora discutimos sobre Belmonte y Joselito *el Gallo*.

—A Belmonte no le he visto—dice el pintor sevillano;—¡ah!, pero este año, cuando vaya en el verano á España, no me quedaré sin verle. Dicen que es un fenómeno...

—Y ese tríptico ¿en qué consiste?

—Verá usted. Lo he empezado al revés, quiero decir por la última parte, por el desenlace del drama.

—La muerte del matador.

—Justamente. El cuadro está actualmente en Niza, quizá se quede allí para siempre, pero aunque así fuera, yo he de llevarlo á Madrid. ¿Cuándo es la Exposición?

Con Vázquez Díaz no es posible seguir una conversación hilvanada. Su pensamiento inquieto revolotea en torno de las ideas y pasa de una á otra de manera harto movidiza.

—Decíamos que el asunto es de toreros.

—¡Ah, sí! Ahora estoy pintando la segunda parte: *Los ídolos*. Véala usted. Son los luchadores, un pelotón de aguerridos mozos que se disponen á luchar contra la fiera, á dominarla, á conseguir el aplauso del público. ¿No le parece á usted que este torero que hay aquí, se parece al *Algabeño* cuando era joven? He pintado el cuadro en España, y aquí me lo he traído para acabar los detalles, para terminar lo poco que le falta. Pero aquí no hay sol. ¡Andalucía de mi alma!

—La primera parte...

—La titularé *Los aventureros*. Ya tengo hechos algunos croquis y este verano la pintaré en España. Es un grupo de *chaveas*, vamos, de muchachos,

que avanzan por una carretera polvorienta y en la que bate el sol á pleno. Van en busca de aventuras, pero aventuras taurinas; saben donde hay capeas, en qué cercado pueden ensayar sus facultades y su mediano arte, y en qué sitio pueden ganarse algunos cuartos á cambio de varios coscorrones.

—¿Y otras cosas?...

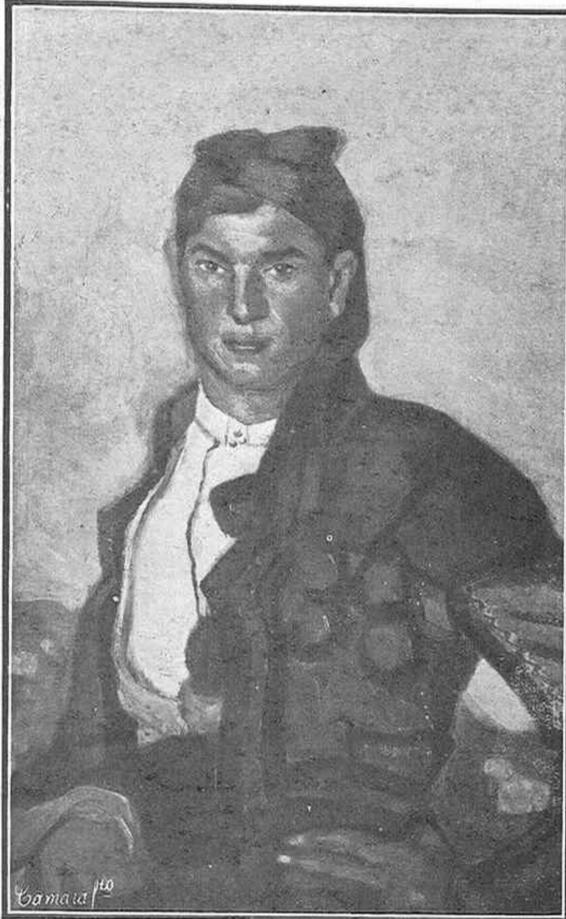
—Retratos... ilustraciones. Mire usted ese cura y ¿verdad que tiene un aire muy simpático? Es un cura que pinté en Fuenterrabía este verano y que ahora mando al salón de aquí. Hay que luchar, porque ¿sabe usted? Yo no cuento con nada más que con mi trabajo. Yo he visto y soy pintor por naturaleza y por vocación decidida. Si se me preguntase de quién soy discípulo, puedo contestar que de nadie. ¡Cosas de la vida! Además, ser discípulo de alguien, es resignarse á no tener personalidad propia, ¿verdad? Sin querer, está uno influído por el modo de hacer del maestro, y claro está, así no hay modo de poder crear, de hacer esfuerzo personal y nuevo. Hace ocho años que estoy en París, y cada día me siento más de mi tierra.

—¿Qué edad tiene usted?

—Treinta y dos años. Yo vine aquí, porque creo que es el centro de la intelectualidad, incluso en pintura. ¡Pueden verse tantas cosas! Continuamente hay exposiciones; todas las ideas, todos los atrevimientos, son aquí lanzados, y de ellos pueden salir la verdad, el progreso, ¡qué sé yo!, la emancipación, las libres orientaciones del arte...

Vázquez Díaz se exalta y habla con extraordinario calor. Es su sangre andaluza que bulle en medio de aquel ambiente gris, que parece indicado para apagar todos los entusiasmos. Sin embargo, quiero ahondar más en las interioridades del pintor, y vuelvo á preguntar encauzando la conversación:

—¿Qué ha hecho usted por aquí?



“Un chispero”, por Vázquez Díaz

—De todo, dentro de mi profesión. Cuando no se tienen más medios de fortuna que aquello que se logra con el trabajo, hay que aceptar éste, sea como sea. Así se consigue resolver las necesidades de la vida, y es cuando ya se tiene la tranquilidad necesaria para hacer todo el Arte que uno quiera.

Luego, quedóse un momento pensativo, y añadió:

—Mi historia en París es, poco más ó menos, la de todos los artistas que vienen á luchar y á estudiar. ¿Sabe usted?

—¿Proyectos?

—Siempre los mismos. Por ahora acabar unos retratos que estoy haciendo; entre otros, el de Graça Avanha, cónsul del Brasil en La Haya, y terminar *Los ídolos*, la segunda parte de la trilogía taurina. Después vendrá el buen tiempo, llegará el verano y á España, á pintar allí, á exponer y á regresar de nuevo á París con los primeros fríos. Trabajar, trabajar y tener fe en lo porvenir. Yo creo que con esa fe y con la voluntad de triunfar, se triunfa...

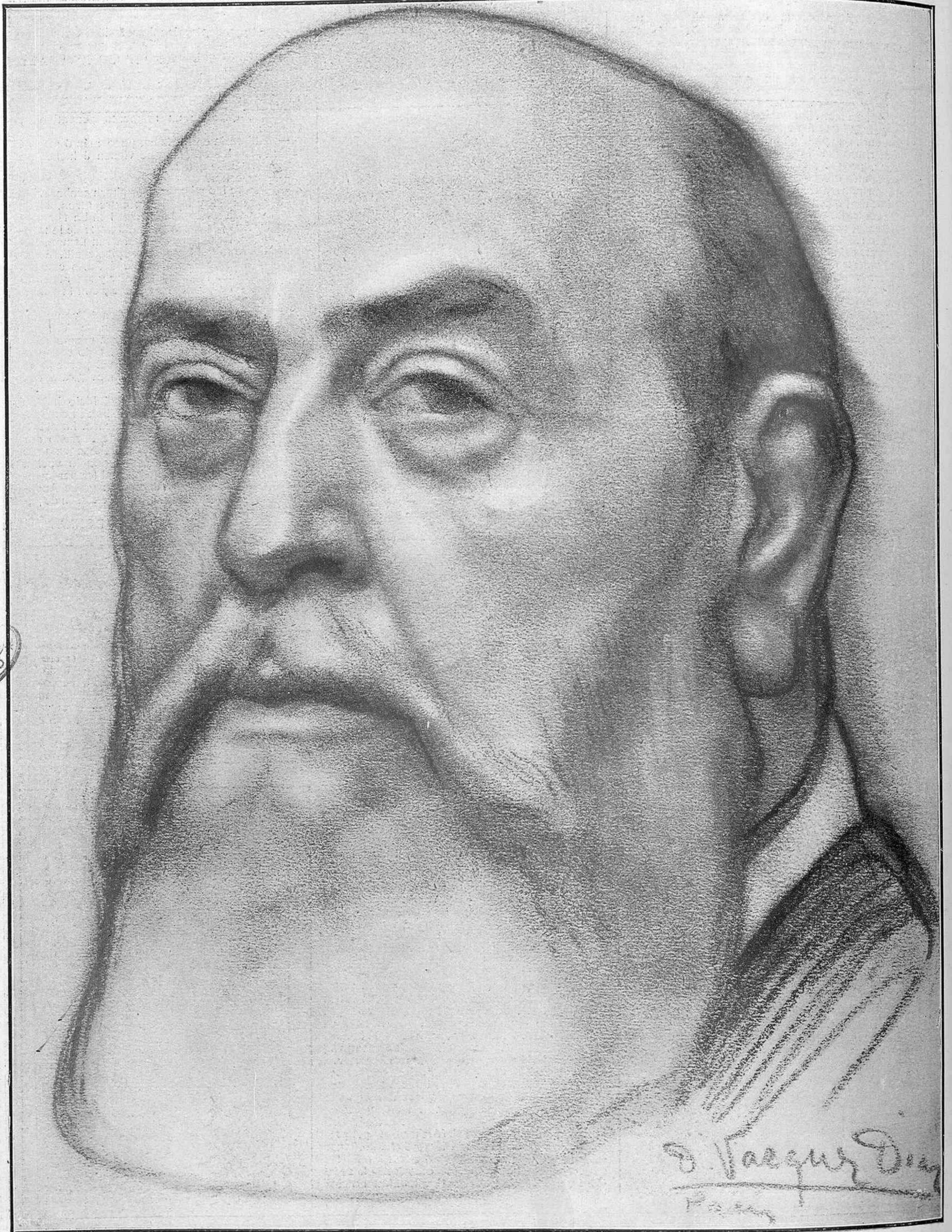
¡Santas y consoladoras palabras! Pronunciadas por un artista de la naturaleza de Vázquez Díaz, viéndole fuerte, seguro de sí mismo, feliz, apasionado de su arte y sólo soñando con producir, bien puede asegurarse que el porvenir es suyo. Tiene voluntad y confianza. ¿Para qué más?

... Caía la tarde. La niebla y el hielo habían ganado más terreno fuera, y ya el boulevard Pasteur aparecía completamente obscuro. La esbelta silueta de la torre Eiffel habíase borrado por completo. El brillar de París hallábase en todo su apogeo. Ribas y yo emprendimos la vuelta, seducidos, conquistados por aquel temperamento ardiente y batallador. Todo el fuego de Andalucía quedaba encerrado en aquel caserón de paredes frías... París.

A. R. BONNAT



“La muerte del maestro”, cuadro de Vázquez Díaz



ATENEAS  
BIBLIOLCA  
MADRID

RETRATO DEL PINTOR FRANCIS A. BESNARD, por Vázquez Díaz

# LA MODA FEMENINA



Como una promesa de alegría y de luz, de colores y felicidad, llega cortejada de sol y de flores la bendita primavera, tiempo dichoso de amores y de venturas. Heraldo de éstas son las blancas mariposas que vuelan en los jardines sobre los macizos verdes, como las ilusiones vuelan al salir del alma, muy lejos, allá donde el pensamiento las manda y donde las dedica la idea.

Y en este tiempo bello y gentil, sugestivo y encantador como la risa de un niño, es cuando nosotras hemos de manifestar las delicadezas de nuestro espíritu y las tendencias de nuestra inclinación, en orden á la plasticidad del conjunto.

Siempre es fundamental para nosotras esta preocupación grave y trascendentalísima, aunque esté motejada de trivial y caprichosa. Pero si realmente no tiene perdón el descuido nunca, es absolutamente indisculpable en la próxima estación que, por ser vida y belleza, reclama de nosotras una colaboración armónica, reveladora de distinción en la sencillez del vestido, de elegancia en la manera y en la actitud y de buen gusto en la general composición de las toaletas.

Estas siguen con pequeñas transformaciones la evolución iniciada, favorable á los cogidos que destacan con habilidad maestra la línea pura, de una manera fugaz, rapidísima, pero bastante á producir el deseado efecto, incentivo eficaz, que se hace mayor cuando el misterio impenetrable del amplio vestido quita absolutamente toda idea de la forma.

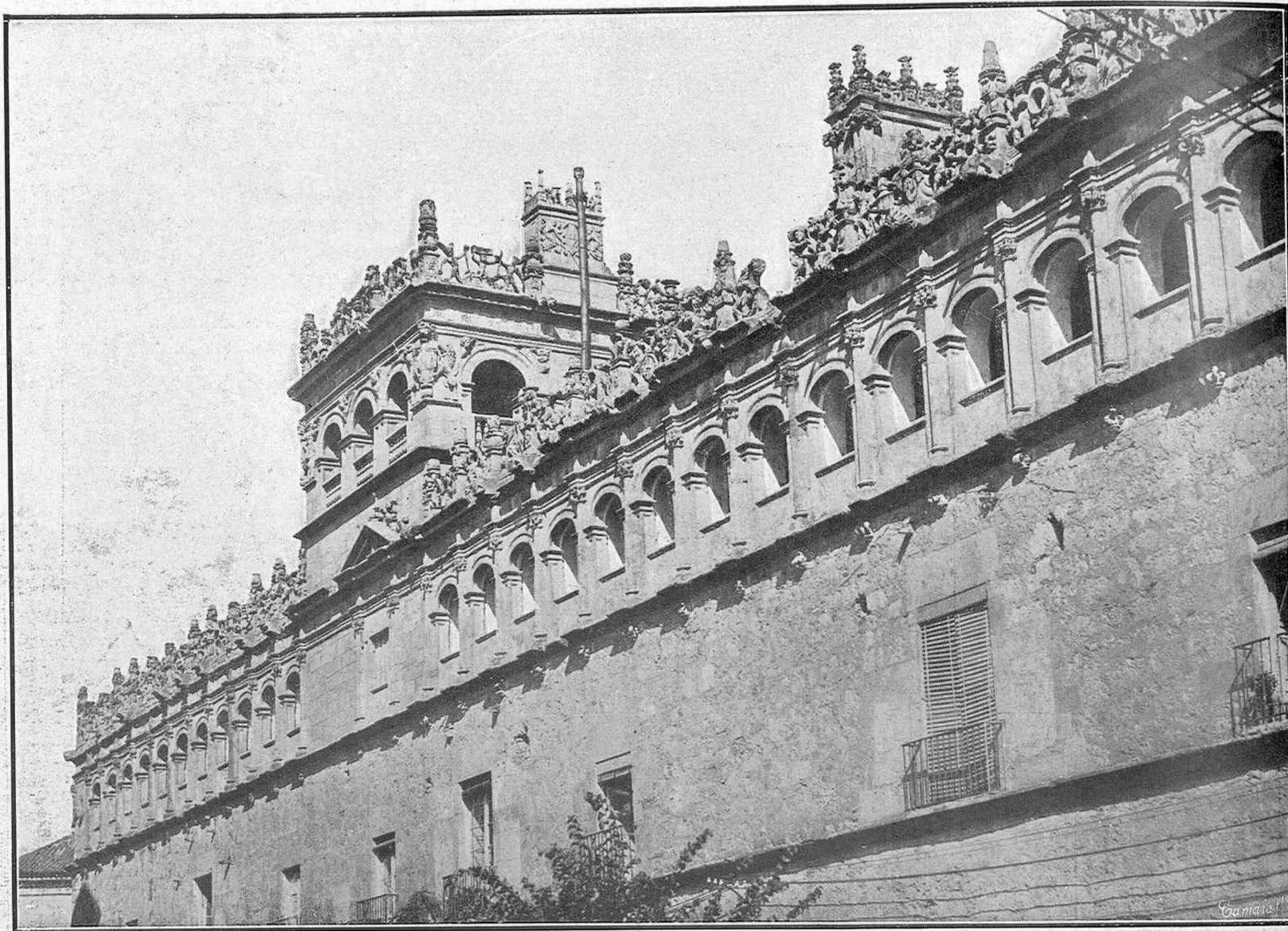
Alrededor de estos modelos, como norma general, crea la fantasía mil caprichosas combinaciones, presididas siempre por una sana orientación artística, que forman la perseguida unidad dentro de la mayor variedad posible.

En este loable propósito debemos perseverar con empeño, para no regresar á los tiempos antiguos en los que el patrón de un modisto, dominando con tiranía, daba la sensación de una modalidad uniforme y monótona. Para mí ha sido siempre irresistible el acatamiento á un color igual y á una forma determinada. ¡Nada hay más encantador que la variación... y aplíquese la frase únicamente á los aspectos de la moda!

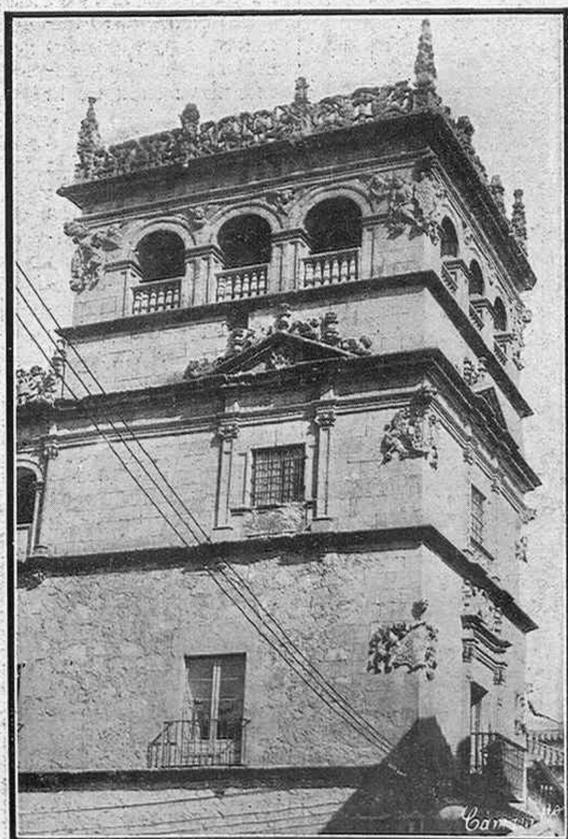
ROSALINDA

Un sombrero, dos trajes de niñas y un vestido de paseo, de gran novedad

LAS CIUDADES HISTÓRICAS  
 EL PALACIO DE MONTERREY, DE SALAMANCA



Detalle de la fachada del histórico Palacio de Monterrey, uno de los edificios más notables de Salamanca. FOT. J. BORRELL



Torreón del Palacio de Monterrey

Se edificó en 1530 por los Zúñigas Acevedos, condes de Monterrey, cuyos escudos campean en una de sus fachadas, entre leones, grifos y ángeles.

El conjunto de este palacio resulta alegre, profano y lujoso; debió quedar incompleta la construcción por lo desprovistas de ornato que están sus paredes.

El palacio se edificó durante el reinado de Felipe II, y lo construyó D. Gaspar de Acevedo y Zúñiga, quinto conde de Monterrey y Virrey de Méjico y del Perú. Hoy pertenece al duque de Alba.

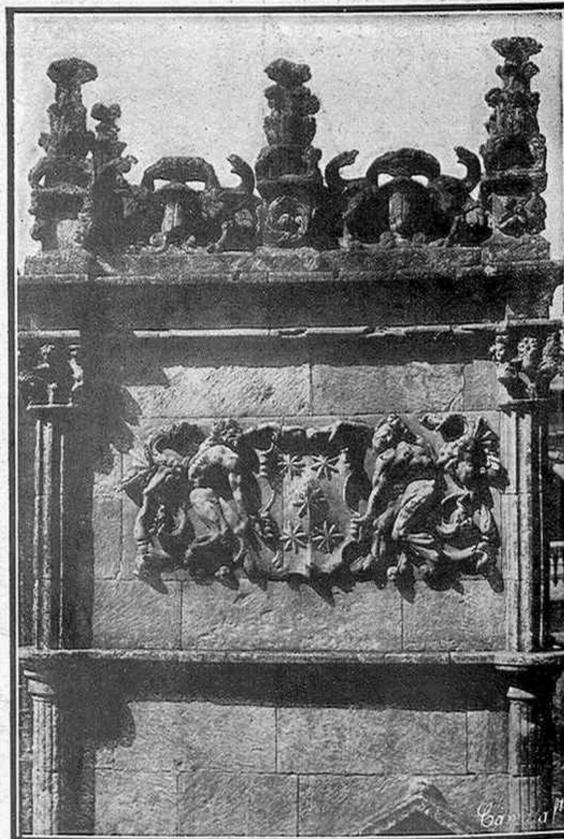
La galería de este palacio tiene arcos rebajados y pequeñas columnas estriadas con minuciosos capiteles de gran mérito.

Las torres son cuadradas y decoradas únicamente con ventanas y balcones que tienen frontispicios triangulares y labores platerescas. Tiene dos torres, una en un ángulo y otra en el centro de la fachada, careciendo de ella el otro lado, por lo agudísimo de la esquina.

Cortando el magnífico dibujo de la sin par crestería, son de admirar las dos chimeneas que se reproducen en las fotografías adjuntas y que son tipo acabado y robusto del estilo arquitectónico y decorativo importado de la Italia del Renacimiento.

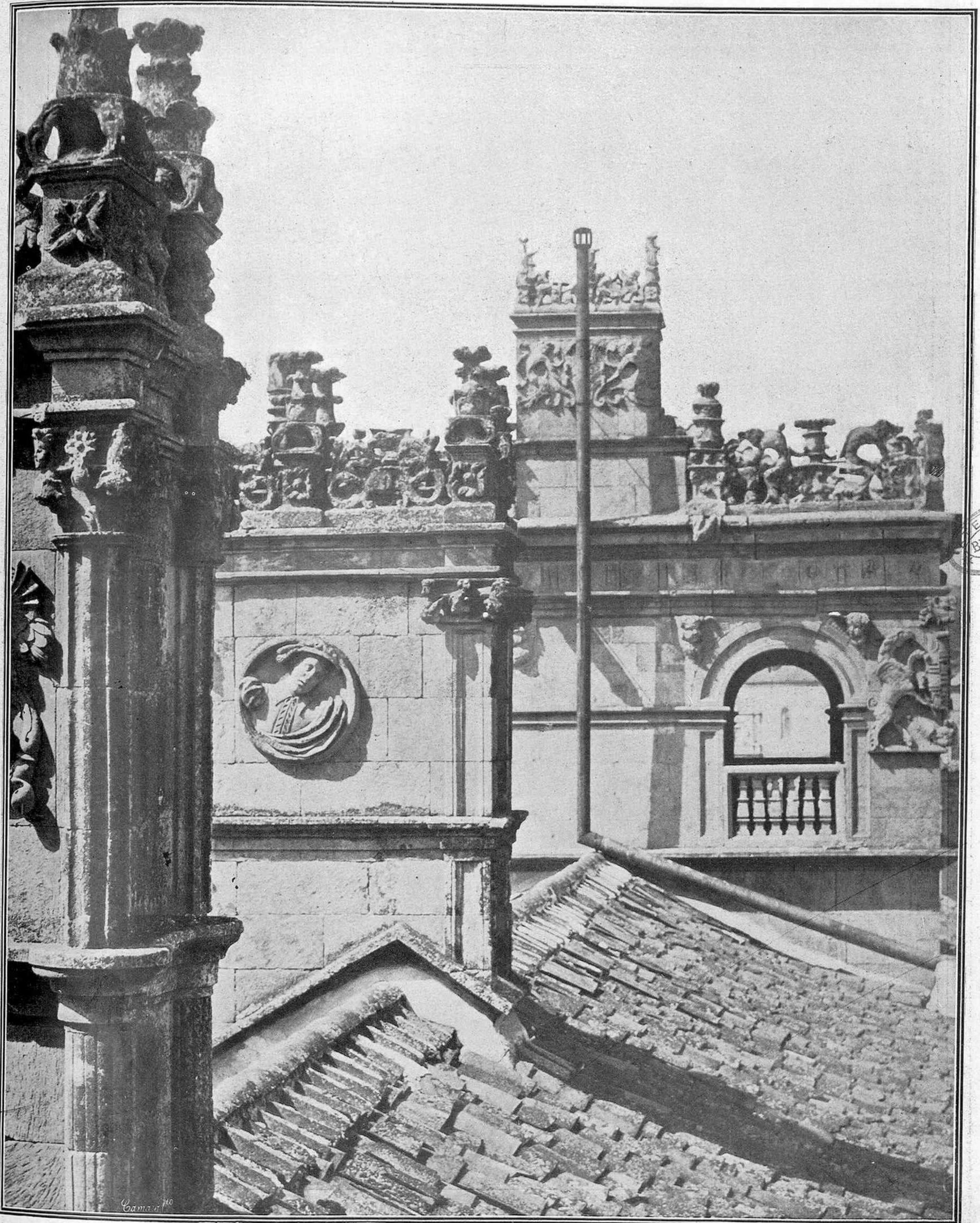
Este palacio sirvió de modelo para el pabellón español de la Exposición de París de 1867.

Unido á este palacio por una galería, encuéntrase el «Convento de Agustinas Recoletas», que fué construído por D. Manuel de Zúñiga y Fonseca, sexto conde de Monterrey, con destino á su hermana doña Catalina de Zúñiga, que había resuelto tomar el velo de monja. Duró la construcción treinta y ocho años, de 1598 á 1636.



Una chimenea del Palacio de Monterrey

LA ESFERA  
LA RIQUEZA ARQUITECTÓNICA DE ESPAÑA



BIBLIOTECA  
MADRID

DETALLE DEL PALACIO DE MONTERREY, DE SALAMANCA, EDIFICADO A MEDIADOS DEL SIGLO XVI, PRECIOSA MUESTRA DEL ESTILO RENACIMIENTO

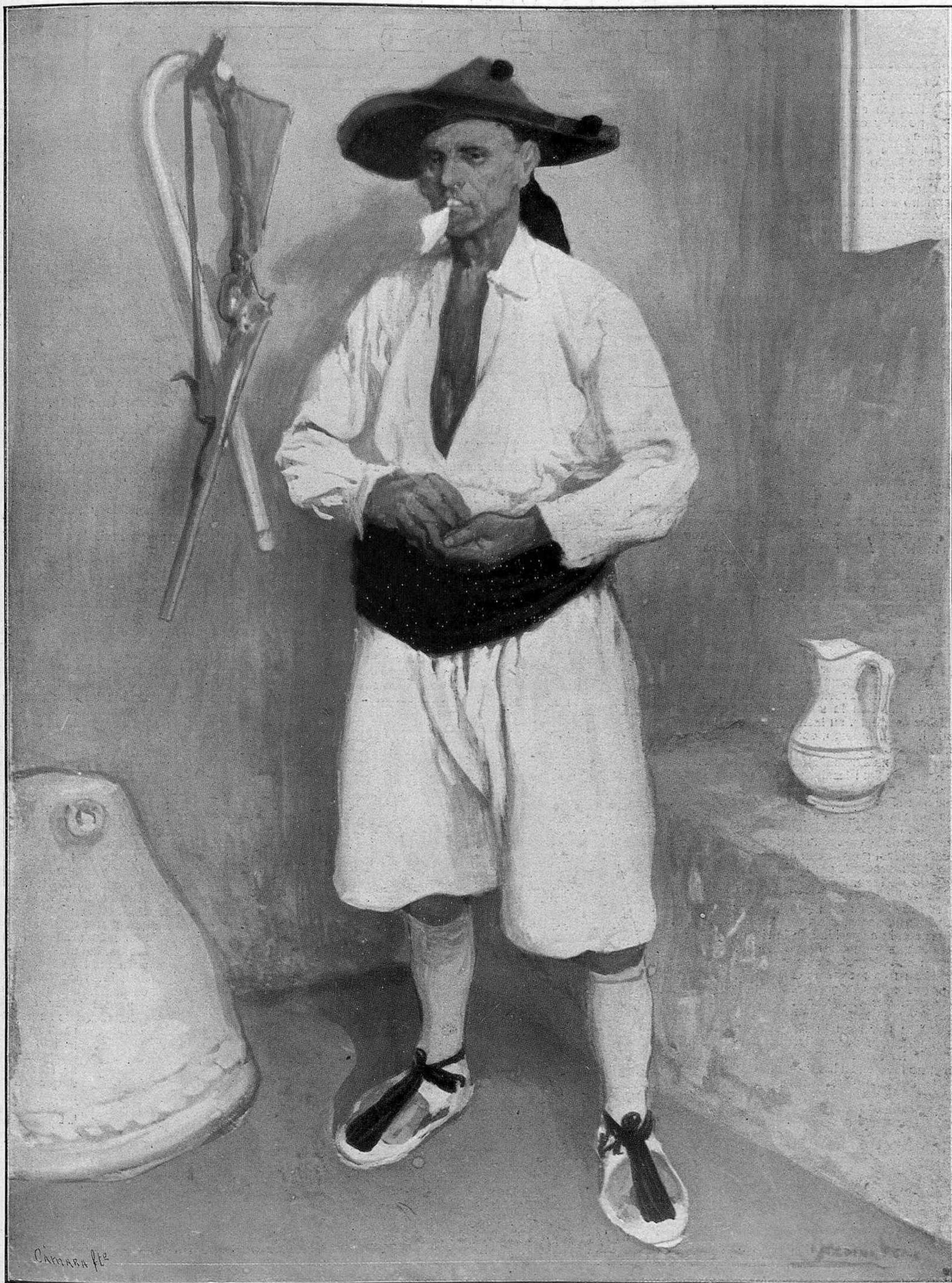
FOT. J. BORRELL

# BELLEZAS HISTÓRICAS



Durante una excursión en automóvil por la vieja Normandía, la actriz de la Comedia Francesa, Mlle. Rachel, ha tenido la buena fortuna de descubrir una antigua obra de arte. Es la portalada bellísima, construida en el siglo XVI por el famoso arquitecto Mansard, para una granja de un ilustre pariente suyo y que permanecía completamente ignorada

LA ESFERA  
TIPOS ESPAÑOLES



ATENEOD  
BIBLIOTCA  
MADRID

LABRADOR DE LA HUERTA MURCIANA  
Cuadro de Medina Vera

# DE LA VIEJA ESPAÑA EL DUQUE DE LERMA

SIEMPRE ha sido nuestra tierra fecunda en ambiciosos del poder y en poderosos con codicia, capaces de esquilmar la noble tierra castellana, que no fué sino feudo de los viejos mandones. El marqués de Denia, luego duque de Lerma por gracia y capricho de la debilidad de un Rey sin carácter, adoleció de este defecto de ambición, sólo comparable al del cardenal Julio Mazarino, Gran Tacaño de la Francia, que á pesar de ello, y como contraste de grandeza, siguió en su país una política de puro patriotismo.

No fué así, ciertamente, nuestro D. Francisco de Rojas, que en muy poco tiempo, y á la voz de ¡el Rey ha muerto! ¡Viva el Rey!, pasó de caballero del príncipe, á señor de unas cuantas villas, á sumiller de corps y á propietario de muchísimas escribanías, gabelas de aquel tiempo, y alguna de las cuales vendió descaradamente casi á la puja, en miles de ducados. No le guió ningún instinto favorable al bien de la patria; ningún santo motivo de honor nacional, procurando exclusivamente, su bien particularísimo y el engrandecimiento y riqueza de sus deudos y afines, que le pagaron por lógica incomprendible de la vida, más fuerte que nuestra penetración, con amargas ingratitudes. De éstos fueron el duque de Uceda, su hijo, que andando el tiempo había de minar su prianza en la Corte; el duque de Sanlúcar, luego Conde-Duque de Olivares, y el humilde D. Rodrigo Calderón, marqués de Siete Iglesias, modelo incomprendible de impudor en la vida y de grandeza y soberanía de espíritu ante los umbrales de la muerte.

Lerma, quiso imitar en todo á su contemporáneo el cardenal duque de Richelieu, aquel gran preceptor y no favorito de Luis XIII de Francia, pero le faltaban la sutileza de imaginación del célebre estadista, su tacto, y sobre todo su gran móvil, el patriotismo, cosa que á decir verdad y hablando con justicia, escaseó más que en los ajenos, en nuestros dictadores del poder.

Armando Du Plessis, sentía palpitar entre las banalidades de su vida pública y las intrigas, que son algo así como arrequives necesarios en las túnicas de cuantos pisan las galerías de un palacio, las necesidades del bien nacional. Pero el duque de Lerma, era simplemente dispensador de mercedes, sólo atento á rodearse de candidatos á su gratitud, para labrarse luego un gran ejército de incondicionales agradecidos, grave error de los que no cuentan con la vida humana.

Tan rey fué de su tiempo, tan privado de su incoloro monarca, tal contraste ofrecía su esplendor con la austeridad de la España desaparecida con Felipe II, que, según sus biógrafos cuentan, concedió en tres meses de valimiento, más prebendas, riquezas, títulos y honores, que el fundador del Escorial había otorgado en seis años. Richelieu tuvo en la Rochela un sentimiento de viva patria, pero Lerma, sirviendo el fariseísmo de su Rey, no tuvo en su historia, sino



Patio del palacio del duque de Lerma

la tristísima jornada de la expulsión de los moriscos, que juzgada por las posteridades, cuyos dictámenes escapan á todo código, no resulta sino un crimen de lesa humanidad y españolismo, ya que los moriscos no eran sino factores de la espléndida riqueza levantina, y no seres exóticos, sino españoles, que en su terruño habían de fructificar, engrandeciéndole.

Pero en España, todo lo redime un asomo de piedad y una estatua orante sobre un sepulcro. El duque de Lerma, que en los veinte años de su prianza, reunió sólo en donativos más de cuatrocientos mi-

lones de reales, cosa que, sin embargo, parecerá una bagatela á los próceres de la codicia; el favorito que inventó dar en fianza de los empréstitos que pedía, la probable seguridad del dinero que los galeones habían de traer de Nueva España; el hombre nefasto, que esquilmo á impuestos sobre artículos de primera necesidad á su pueblo, sobre el que empezaban á pesar los efectos de la decadencia, supo guarecerse á tiempo bajo la púrpura cardenalicia, que le alejó el favor del rey, y que obligó á la musa popular, siempre acertada, á improvisar aquella famosa copla que dice:

*El ladrón más afamado  
por no morir degollado,  
se vistió de colorado.*

El cardenal San Sixto, dejó de ser el gran duque de Lerma para sentir el tristísimo desamparo de los que descienden de espaldas, peldaño á peldaño y empujados por todos, las soberbias graderías del Alcázar de la Fortuna. Su propio hijo fué el que alcanzó á darle el primer empujón, luego las camarillas y por último el propio Rey.

De aquella grandeza personal, de aquel omnímodo poderío, quedó su palacio de Lerma. En aquellos patios donde ayer, en ese ayer del pasado, que es bien poca cosa, pararon espléndidas cabalgatas de señores que llegaban á rendir pleitesía, y literas que transportaban príncipes, hoy reina el abandono; tapiaron los balcones desnudos tabiques de ladrillos, sin duda con el objeto de que perdiera el conjunto la suntuosidad que tenía, y sobre el sepulcro del prócer, quedó canonizado el desencanto del magnate, en la severa efigie del cardenal; de aquel anciano, que tuvo como un resumen de su vida pública,

la filosofía de la aceptación de su desgracia al abrazar al rey diciéndole: «Señor, desde los tres años, he llevado cincuenta al servicio de vuestra majestad, pocos para mi deseo, muchos para mi desencanto». Quedan en la estatua, los imitados restos de lo que fué gallarda melena, y bajo las hondas arrugas, la severidad del poder y el mando; de rodillas, ante su abierto libro de oraciones, cubierto con la espléndida capa pluvial en que el arte cinceló todos sus más preciados secretos, las manos juntas en actitud de fervoroso éxtasis, la estatua del cardenal, muda y fría, parece sellar con la humildad de su postura, los despojos del magnate que se llamó el duque de Lerma.

L. LÓPEZ DE SÁA



Estatua del duque de Lerma, que remata su magnífico sepulcro

FOTS. VADILLO

## BELLAS ARTES

# PINTORES Y ESCULTORES



El notable pintor Juan José Gárate, en su estudio y á su derecha el retrato de la hija del general Borbón, al pastel, que ha terminado recientemente

FOT. SALAZAR

JUAN José Gárate, uno de los pocos pintores españoles que cultivan, con fortuna, el procedimiento de pastel, ha pintado un bello retrato femenino. Es una nota fina, delicada, donde el color parece difundirse en los acordes musicales de una melodía. Recuerda en su elegancia, en su armonía, en la suavidad de matices, ciertos cuadros de la escuela inglesa del siglo XVIII.

Es tanto más de admirar este aspecto del notable pintor aragonés, cuanto que, Juan José Gárate, domina también y, acaso con frecuencia, la nota opuesta, un poco ruda y viril, aprendida en las tradiciones psicológicas de su raza.

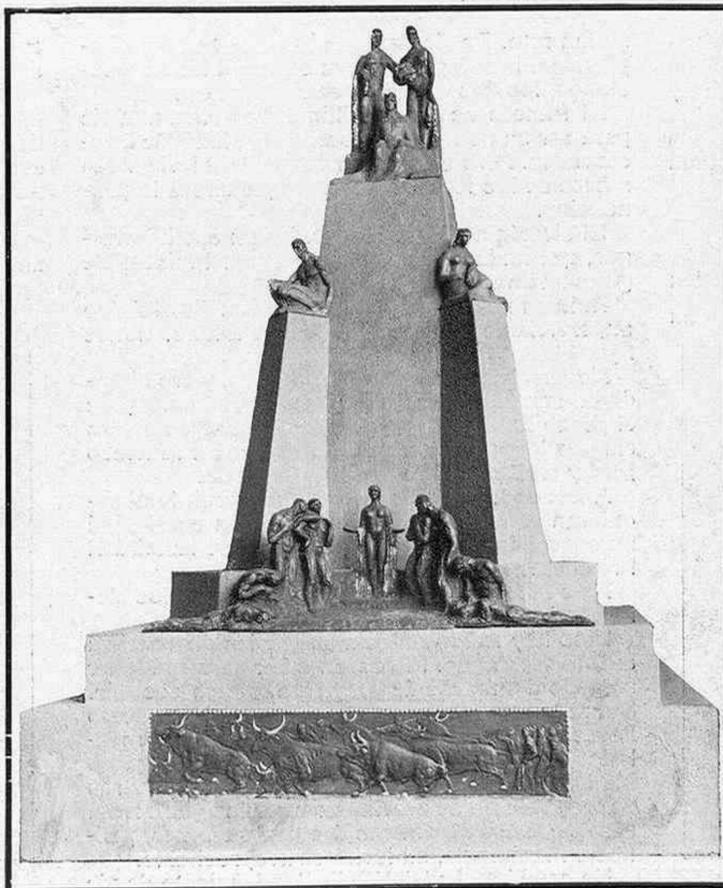
Recientemente tuvimos ocasión de observarlo en la exposición de obras suyas de la casa Laurent.

Fué aquella exposición como el resumen ó compendio de todo el trabajo de los tres ó cuatro últimos años de obstinada labor.

Al lado de retratos pulidos, de tan exquisita feminidad como este de que ahora hablamos, había lienzos fuertes, vigorosos, opuestísimos á aquellos por el procedimiento.

Además, hubo ocasión de anotar las excelentes condiciones de paisajista que posee Juan José Gárate.

El mismo ecléctico criterio predominaba en la elección y resolución de paisajes. Los había minuciosos, acabados á la manera de Sainz y Haes; los había románticos, desaliñados, como vistos á través de la especial retina de los catalanes contemporáneos y no faltaban tampoco unos ásperos y gayos de color, que tal vez fueran los más interesantes y sugestivos.



Boceto de monumento á las Américas, original de los escultores Julio Antonio y Sebastián Miranda, que se erigirá en Oviedo, patrocinado por la marquesa de Argüelles

Dos escultores jóvenes, Julio Antonio y Sebastián Miranda, han expuesto en su estudio el proyecto de monumento á las Américas que patrocinó la marquesa de Argüelles.

La obra es atrevida y fuerte. Da una serena sensación de equilibrio y de modernidad que no suelen tener las esculturas españolas. Porque esto es lo que caracteriza, antes que nada, el monumento ideado por Julio Antonio y Miranda: la modernidad y el simplicismo clásico, al mismo tiempo. Los jóvenes escultores son hijos de su siglo.

Cultos y enterados del arte de más allá de la frontera, saben que la estatuaría retrocede, ascendiendo hacia los siglos y las serenidades antiguas.

En ese monumento no hay nada superfluo, ni nada que robe al espectador la visión simbólica de lo que representa. Los desnudos macizos, claros de modelado y anatomía, las líneas graciosas y severas, los frisos de gran riqueza decorativa. Todo responde á la oportuna fusión de los artistas. Porque Julio Antonio y Sebastián Miranda realizan el ideal de la colaboración.

Julio Antonio—que con Capuz, Huerta y algún otro tiene una de las primeras y más legítimas reputaciones de la escultura española contemporánea—reune á la técnica, sobria y sabia, el amor fecundo á la tradición clásica y al reposo señorial de los artistas del Renacimiento italiano.

Sebastián Miranda es inquieto, nervioso. Hasta ahora sus obras han sido graciosas caricaturas escultóricas, plenas de movimiento.

SILVIO LAGO

# DE NORTE A SUR

## La vendedora de cerillas

La señora Rosemunda Rostand y su hijo Mauricio, han vuelto a colaborar en una obra teatral. La primera vez fué en *Un bon petit diable*, adaptación de cierta novela de Mme. de Segur. Ahora se han inspirado en un cuento de Andersen, y el hijo del matrimonio Richepin ha puesto música al poema escénico.

*La vendedora de cerillas* es uno de los más bellos cuentos. El símbolo tiene en él la melancolía de un sueño irrealizable.

Oídle: Una noche de invierno la niña que vende cerillas, enciende una para calentarse las manos. Pero la cerilla está encantada, y a su luz maravillosa, la niña ve una deliciosa visión que se extingue al apagarse la cerilla. Entonces enciende otra y otra y todas; las visiones se unen, el sueño se completa. La niña se ve en un gran salón, vistiendo ricos trajes y cortejada por un bello príncipe. El ensueño dura poco, se agotan todas las cerillas y la niña se muere de frío. Por delante de ella, indiferente, cruza el príncipe del ensueño, muy abrigadito para no constiparse.

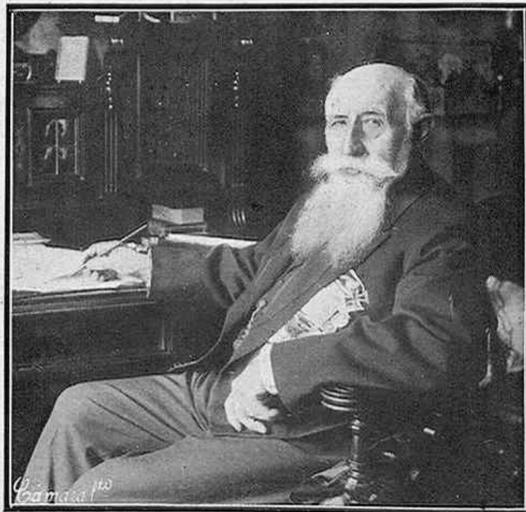
Tal es el cuento y tal es también el poema. París se ha conmovido ante esta colaboración de la mujer y el hijo de Edmundo de Rostand. La mamá y el niño son poetas. La mamá y el niño dan conferencias y leen versos. A la mamá la retrata La Gándara y al niño Henry Bataille en su última y discutida obra *La Falena*. La mamá está muy parecida en el retrato pictórico; el niño también dicen que está muy parecido en el retrato literario. Pero no están igualmente satisfechos. Porque Mauricio de Rostand a fuerza de colaborar siempre con mamá y de arreglarse el cabello y pintarse los ojos parece una niña...

¿Qué piensa el autor de *Cyrano* y *L'Aiglon*, de todo esto? No se sabe. Pero tal vez en el fondo desdeñe un poco a los flamantes autores de poemas escénicos inspirados en obras ajenas. Si no como padre y esposo, como dramaturgo.

Porque—fuerza es reconocerlo—los poemas de Rosemunda Rostand y de Mauricio Rostand son inferiores a los de Edmundo Rostand.

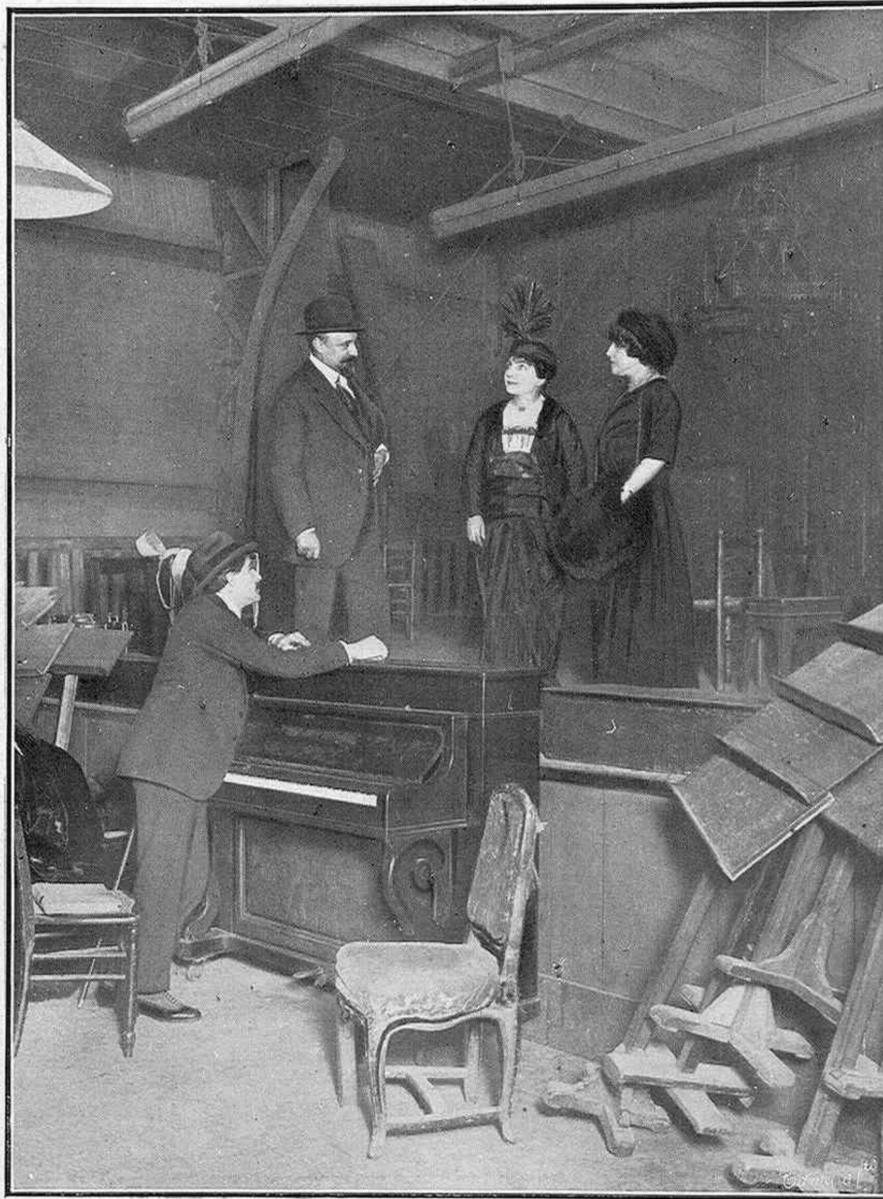
## Lo que dicen los retratos

Al mismo tiempo Francia y Alemania festejan a dos veteranos de sus guerras, como en un



FRANZ MÜLLER

Antiguo abanderado del ejército alemán, que tomó parte en la guerra franco prusiana y a quien los regimientos alemanes van a hacer un homenaje



UN ESTRENO NOTABLE

Mme. Rostand y Tiarko Richepin, durante un ensayo de "La marchande d'allumettes" que constituye la actualidad literaria de París

mutuo reto. Desde las cumbres de ese odio implacable, inextinguible, que separa a las dos naciones, los dos ancianos se contemplan.

El francés se llama Rolland. Le sobra una ele para ser su nombre el mismo del paladín de Roncesvalles. Pero suena, sin embargo, al viejo romance en los labios franceses que ahora lo pronuncian.

El alemán se llama Müller. Es un apellido vulgar, que nada recuerda, a no ser su indiscutible germanismo.

Rolland tiene noventa y dos años. Es el único superviviente del combate de Sidi Rahim, donde figuró como corneta.

Müller cumple ahora setenta años, y era abanderado cuando la guerra franco-prusiana. Sobre el pecho ha sentido posarse las manos de tres emperadores, Francisco Fernando, Francisco José y Guillermo II, para condecorarle.

A Rolland, sus paisanos de l'Aveyron le obsequiarán con un banquete—como a un escritor, a un concejal ó a una cupletista—al que asistirá el Presidente de la República.

Ante Franz Müller, todos los regimientos alemanes inclinarán sus banderas.

Pero hay todavía algo más que les diferencia a ambos veteranos. Fijáos en sus retratos. Müller sentado a su mesa de despacho, figura escribir. Sobre la mesa unas manos de mujer han puesto flores. Todo en torno de él es confortable, revelador de una existencia tranquila y desahogada. Müller parece un hombre de literaturas. Detrás de su frente no se adivinan recuerdos guerreros, sino sistemas filosóficos ó elucubraciones poéticas. Finalmente, su levita es irreprochable.

En cambio, el viejecito Rolland, puesto de pie en el automóvil que le conduce al homenaje, tiene un aspecto ingenuo y campesino. Es un lugarreño arrancado súbitamente de la vida oscura.

Lleva una levita inadmisibile en un país donde existe André de Fouquières, el árbitro de las elegancias. Se cubre el cuello con un pañuelito negro y apoya la mano, que hace más de setenta años llevara nerviosa la corneta a sus labios juveniles, en un bastón arcaico. El retrato de Müller es un poco fanfarrón; el de Rolland humilde.

Sin embargo, existe una semejanza entre ambos. Las cruces y medallas del lado izquierdo del pecho. Bajo ellas late el corazón que agitara en otros tiempos con igual ímpetu el heroísmo.

## La careta trágica

En uno de esos puertos de la Inglaterra del Norte, roídos por la lluvia y melancólicos de nostalgia por las playas lejanas, amadas del sol, se ha pegado un tiro un hombre vestido de máscara.

El drama de su vida, como el gesto trágico de su rostro, se hundió en la sombra, desconocido de los hombres.

Roberto Bracco, el gran dramaturgo italiano, escribió una obra dentro de ese horrible silencio de máscaras que se desangran sin quitarse la careta.

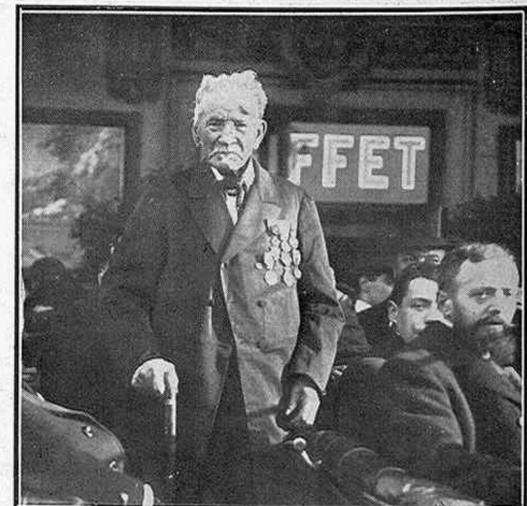
Pero aquella ficción, con estar tan cerca de la muerte, no es tan brutal de misterio y de inconsciencia, como esta verdad de un hombre que interroga a lo desconocido bajo un rostro de cartón, que tal vez riera simbólica é incrédulamente.

## La sombra de Fadrique Méndez

Un aviador francés, se ha hecho retratar momentos antes de cruzar sobre el sagrado Huerto donde Cristo oró antes de recibir el beso traidor. La dulce ironía de Eça de Queiroz no llegó a tanto. En el *Epistolario de Fadrique Méndez* no encontró más símbolo de la civilización, triunfando sobre las evocaciones románticas, que un ferrocarril que atravesara los Santos Lugares.

Como siempre un hombre vulgar ha ido más allá que un artista. Para los futuristas ese vuelo del aviador francés representará un triunfo de su estética. Para los que amamos la melancolía del pasado, los cruzados, los peregrinos, respondían de más emocional manera al encanto augusto y perdurable del Oriente, donde la fe es como una lámpara votiva que nunca se apaga...

José FRANCÉS



ROLLAND

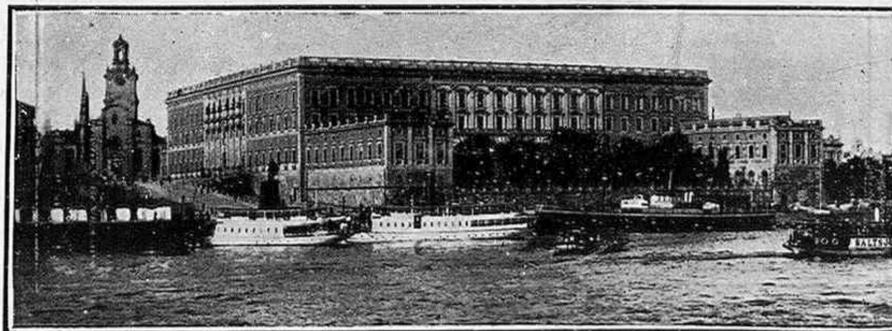
Veterano del ejército francés, que acaba de cumplir noventa y dos años y que es el único superviviente de la batalla de Sidi Rahim

# EL TRONO DE SUECIA



El Rey de Suecia, Gustavo V, en una de sus habitaciones particulares del Palacio Real de Estocolmo

La Casa Real de Suecia atrae especial atención en estos momentos. Preocupa al Rey Gustavo la posición militar del país, y por tal causa ha expresado opiniones enérgicas, que difieren de la sustentada por el Parlamento sueco, en el reciente asunto de las guarniciones de Finlandia, considerablemente reforzadas por el Gobierno ruso; medida que en sentir del



El Palacio Real de Estocolmo FOTS. CHUSSEAU-FLAVIENS

monarca, debilita el poderío militar de la nación escandinava, constituyendo como una perenne amenaza. Con este motivo han surgido rozamientos entre el Rey y el Parlamento, que han dado motivo á manifestaciones populares de simpatía y adhesión, tan gigantescas, como la de Estocolmo, en la que desfilaron ante el Palacio Real 20.000 estudiantes.





Un dibujo de la Luna hecho hace diez y ocho años por el famoso artista inglés John Russell, y que se conserva en el Observatorio Oxford



Una fotografía de la Luna, obtenida en un segundo por el profesor inglés Turner, que demuestra la exactitud del dibujo de Russell

## EL PRÓXIMO ECLIPSE DE LUNA

GRAN espectáculo se prepara para el próximo día 12 en el maravilloso teatro de la Naturaleza. Cuando nuestro satélite, en el eterno ciclo de sus fases, llegue esta vez a la plenitud de su brillo, será invadido por tinieblas que turbarán, durante unas horas, su apacible majestad.

Así lo anuncian las efemérides astronómicas. Desde tiempos remotísimos saben los astrónomos predecir los eclipses que ya eran anunciados por los chinos hace más de cuatro mil años; pero haber llegado al grado de precisión que hoy resplandece en sus cálculos y observaciones, es triunfo de la astronomía moderna y del prodigioso progresar de las ciencias en las dos últimas centurias.

Interrogando los cálculos matemáticos, sobre los datos más importantes del próximo eclipse; poniendo en movimiento el engranaje de sus términos, é interpretando sus resultados, sabremos que el día 12, á las dos horas y cuarenta y dos minutos de la madrugada, dará principio por la tangencia del disco de la Luna con la superficie del cono de sombras de la Tierra, verificándose la máxima fase del eclipse á las cuatro y trece minutos, y terminando con la completa emersión de la Luna de nuestro cono de sombras, á las cinco horas y cuarenta y cuatro minutos.

La invasión de las sombras se verificará por un punto del disco lunar situado en posición análoga á la que tienen las X en la esfera de un reloj. El último punto en que se verán las sombras al terminar el eclipse tendrá aproximadamente la posición de las III en el supuesto reloj.

En la máxima fase, habrá cubiertas las nueve décimas partes del diámetro de la Luna y sólo brillará un pequeño segmento curvilíneo, situado en la parte inferior, hacia la izquierda, y que abarcará, próximamente, un cuadrante del limbo lunar. Tales son, entre el fárrago de da-

tos y detalles que podemos obtener del cálculo, los que más pueden interesar al *amateur*; pero si llevados de la curiosidad, quisiéramos conocer las magnitudes reales, obtendríamos que la Luna se interna hasta 3.170 kilómetros en el cono de sombras; que éste mide en la sección en que es cortado por nuestro satélite, 9.580 de estas unidades; que los puntos de primero y último contacto distan del polo Norte de la Luna, 2.670 y 910, res-

pectivamente, y que nuestro satélite, que gravita casi á su mínima distancia de la Tierra, se encontrará á poco más de 385.000 kilómetros.

Es observación curiosa, que, siendo el diámetro de la Luna de 3.480 kilómetros y su distancia de 385.000, ó sea 110 veces mayor, su magnitud aparente será la de todo objeto colocado de nuestra vista á 110 veces su tamaño; luego comparando á la distancia de la visión distinta, que aproximadamente es 30 centímetros, veremos que la magnitud aparente de la Luna no llega á *tres milímetros*. Pocas personas suponen tan pequeño el tamaño aparente de nuestro satélite, pero fácil es convencerse de ello, observando que hasta un circulito del citado diámetro, para que colocado á 30 centímetros del ojo, nos oculte al poético astro que tan grande creen ver algunos, y que de tan excesivo tamaño representan en general los paisajistas.

Cuando en el próximo eclipse deje de brillar el argentado disco de la Luna, serán las naciones del Asia las que están recibiendo sobre su suelo los rayos del Sol que si no hubieran sido detenidos, se reflejarían sobre la superficie lunar, haciéndola brillar en la plenitud de su esplendor.

La interposición de los terrenos del Asia, nos priva de esta luz que, al llegar á nosotros envuelta en la dulce poesía del melancólico astro, hubiera sido inspiradora de nuestros poetas, alivio y consuelo del caminante que á su débil fulgor ve destacarse la anhelada casita; alegría del pescador que la ve, agradecido, rielar sobre las aguas en bellísimos cambiantes; evocadora para el filósofo de la imagen del triste astro muerto que sin aire, agua ni fuego, vaga eternamente en torno de la Tierra, acompañándola en su raudo voltejar por los espacios infinitos.

A. NADAL

Astrónomo del Observatorio de San Fernando



Máxima fase del eclipse de luna que se anuncia para el día 12 del actual.—Composición fotográfica del Sr. Apezteguía con arreglo á cálculos del astrónomo del Observatorio de San Fernando, Sr. Nadal

# EL JAPÓN HEROICO



Saigo Nanshu es el mayor de los héroes que vió el mundo, en sentir de los japoneses. Su santuario de Kagoshima era el templo de mayor veneración en la ciudad destruida por el volcán de dicho nombre en la erupción última. Por curiosa coincidencia, aunque Kagoshima quedó casi totalmente en ruinas, el santuario de Saigo y su majestuosa escalinata, quedaron indemnes. Lo que ha atribuido el pueblo japonés á la protección del héroe divinizado



## FIGURAS DE TEATRO

## JUAN CARRETERO



DESDE mediados del siglo XVIII hasta bien entrado el XIX, fué grande y profunda la decadencia de la literatura dramática. Si se exceptúan dos comedias de D. Leandro Fernández de Moratín y los sainetes de D. Ramón de la Cruz, bien se puede asegurar que nada bueno, ni siguiera regular, se produjo en tan largo espacio de tiempo.

El teatro se alimentaba, casi por modo exclusivo, de traducciones del francés, dando la preferencia á la tragedia clásica, y de obras originales de autores como Comella, Zabala, el presbítero Corregal, el cómico Monzín y otros marrachos por el estilo; se resucitaban algunas obras del siglo XVII (siempre con la oposición de los galo-clásicos), y, algunos escritores medianos, faltos en absoluto de inventiva, echaban á perder las obras más notables de nuestros más gloriosos autores, al darlas como suyas y queriendo hacer creer que ellos las habían inventado.

Por inexplicable anomalía, contrastaba con la profunda decadencia de la literatura dramática, la abundancia de eminentes actores. De esa época tristísima son María Ladvenant, llamada *la divina*, que á los veinte años era ya una eminencia y á los veintinueve fué nombrada autora (directora de compañía); la genial Rita Luna, que no tuvo rival, *la Tirana*, Antonia Prado, Josefa Carreras, *la Caramba*, María Bermejo y muchas más, y del sexo masculino Isidoro Maiquez, Antonio Robles, Juan Aldovera, Nicolás de la Calle, Ildelfonso Coque, Juan Carretero y otros.

Por el número y la calidad de aquellos comediantes, se explica que pudieran subsistir como autores dramáticos los poetas que se citan más arriba y cuyas obras sólo podían pasar, y aun agradar, por virtud de una interpretación portentosa. No fué aquel el sólo caso. En una época más cerca de nosotros, vivieron Rodríguez Rubí, Eguílaz y algunos más, gracias al maravilloso talento escénico del célebre D. Julián Romea. Pero volvamos á nuestro asunto.

Según referencias autorizadas, el actor más famoso de fines del siglo XVIII y principios del XIX, después de Isidoro Maiquez—que estuvo muy por encima de todos,—fué Juan Carretero. Su cuerda única, aun en edad avanzada, fué la de galán. Además de un grandioso talento para desempeñar dichos papeles, tenía una gallarda y simpática figura, modales distinguidos, fisonomía expresiva y sobriedad de acción. Sobresalía por modo notable en los galanes de nuestro teatro antiguo, teatro que había estudiado á fondo y que dominaba por completo.

Compañió con Isidoro Maiquez hasta donde sus fuerzas le permitieron, y con decir que en tal competencia no hizo un ridículo papel y que en las obras del siglo XVII aventajaba al coloso, queda demostrado su mérito excepcional. Justo es, no obstante, dejar consignado que Maiquez, por su especial temperamento—que era el de la naturalidad—y la lógica influencia que sobre él ejerció Talma, nunca brilló gran cosa en nuestro teatro clásico: era muy otro su temperamento artístico.

Juan Carretero fué mucho tiempo el galán obligado de Rita Luna, y cuando ésta, en todo el apogeo de su gloria y de sus facultades, se retiró bruscamente de la escena, siguió trabajando con las discípulas de la sin par comedianta; pues es de advertir que creó escuela, si bien ninguna de las actrices que le sucedieron, heredó su genio portentoso. Sabido es que el genio no se hereda.

Juan Carretero era de familia de comediantes é hidalgo de condición. Su padre, Tomás Manuel Carretero, tuvo buen cuidado de hacer constar en un acta notarial que suscribió en 28 de Junio de 1766, «que deseando conservarse en la distinción de su esclarecido linaje y que queden asimismo reconocidos sus hijos para que puedan mantenerse en el estado noble en que Dios nuestro Señor se dignó ponerlos», da poder á varios procuradores de Valladolid.

Este Tomás Manuel Carretero, después de hacer constar su nobleza en acta notarial, según hemos visto, fué comediante en Madrid durante algunos años, aunque no debió distinguirse mucho, pues de su labor hay pocas noticias. Tuvo dos hijos: Pedro, cómico también y de tan pocas referencias como el autor de sus días, y el famoso Juan que motiva estas líneas, y de cuyo mérito se hacen lenguas sus contemporáneos.

También hay que juzgar como literato á este gran comediante. En opinión de algunos escritores de aquel tiempo, Juan Carretero, por la costumbre de representar comedias y su afición á la lectura, había adquirido por sí mismo alguna instrucción literaria; pero, según otros, debía su instrucción y su cultura en tal sentido, á una esmerada y sólida educación, social y literaria.

Sea de ello lo que fuere, el caso es que refundió muy atinadamente las famosas comedias de Tirso de Molina, *El amor médico*, *El castigo del penséque* (esta con el título de *El que fuese bobo no camine*) y *Quien calla otorga*. Tanto estas refundiciones como la que hizo de *Santiago el Verde*, de Lope de Vega, con el título de *El soto de Manzanares ó el sastre fingido*, se representaron con gran éxito entre 1826 y 1828, mereciendo calurosos aplausos el trabajo del refundidor.

Se cree que fué poeta inspirado y elegante, que escribió poesías sueltas de mérito indudable y algunas obras escénicas originales, que acaso no se imprimieron, razón por la cual no han llegado hasta nosotros.

En Febrero de 1818, cuando ya no era muy jóven (el diablo harto de carne) contrajo matrimonio con la no menos famosa comedianta Agustina Torres; pero sólo disfrutó once años de las delicias conyugales, pues falleció en marzo de 1829. Se cree que vió la primera luz en el Moral de Calatrava, aunque se ignora la fecha de su nacimiento.

FRANCISCO FLORES GARCÍA

## CREACIONES "KEPTA"

LAS PERLAS KEPTA Y LAS PIEDRAS DE COLOR RECONSTITUIDAS  
ESTÁN MONTADAS EXCLUSIVAMENTE CON BRILLANTES VERDADEROS EN ARTÍSTICAS  
MONTURAS DE PLATINO Y HAN OBTENIDO EL PRIMER PREMIO  
Y MEDALLA DE ORO EN PARIS

NO TENEMOS SUCURSALES NI AGENTES: NUESTRA ÚNICA CASA EN ESPAÑA ESTÁ EN  
MADRID: 2, CARRERA DE SAN JERÓNIMO

PARIS

36, B.º DES ITALIENS

S.º PETERSBOURG

21, MORSKAYA

KISLOVODSK

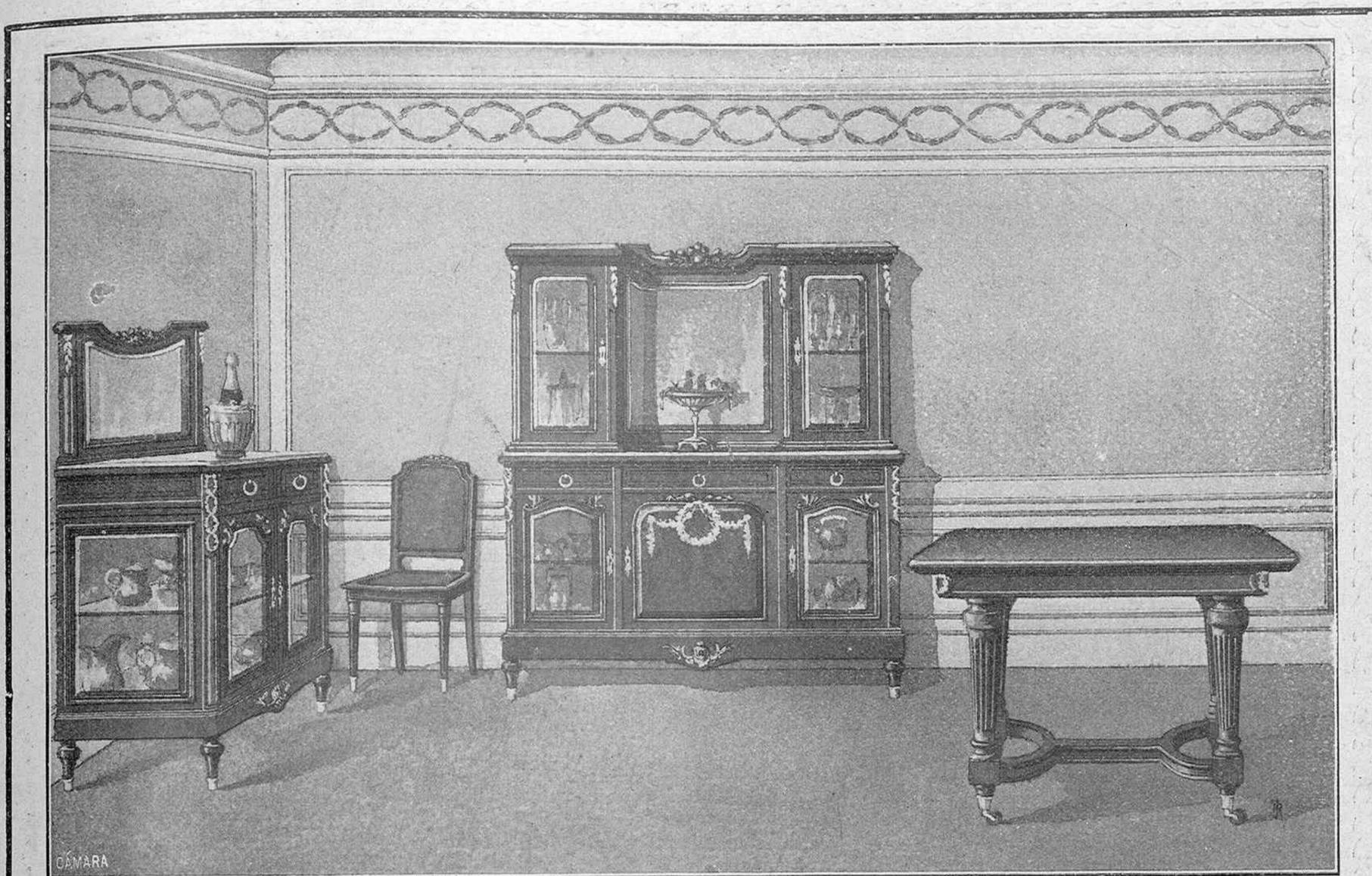
PERSPECTIVE GALITZINSKY

MOSCOU

6, KOUSNETZKI MOST

LABORATORIO

AVENUE PIERRE BLANC  
MONTMORENCY FRANCE



**SANTOS RIESCO**

35, ALCALÁ, 35  
Muebles de lujo • Salones • Gabinetes • Alcobas • Comedores

# La Esfera

ILUSTRACIÓN MUNDIAL  
EDITADA POR "PRENSA GRÁFICA S. A."

Director: Francisco Verdugo Landi □ Gerente: Mariano Zavala

Número suelto: 30 céntimos  
Se publica todos los sábados

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

PENÍNSULA	EXTRANJERO
Un año. . . . 25 pesetas	Un año . . . . 40 francos
Seis meses. . . 15 „	Seis meses . . 25 „

## PAGOS ADELANTADOS

Diríjanse pedidos al Sr. Administrador de "Prensa Gráfica", Hermosilla, 57, Madrid ◇ Apartado de Correos, 571 ◇ Dirección telegráfica, Telefónica : : : y de cable, Grafimun ◇ Teléfono, 968 : : :

Representantes exclusivos de esta Revista  
en la República Argentina:

**Massip y Comp.<sup>a</sup>**

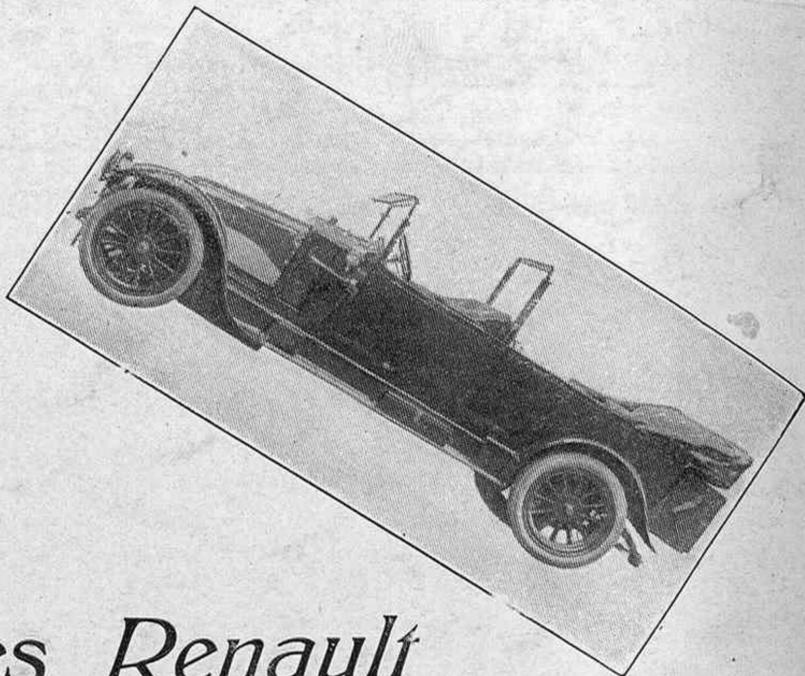
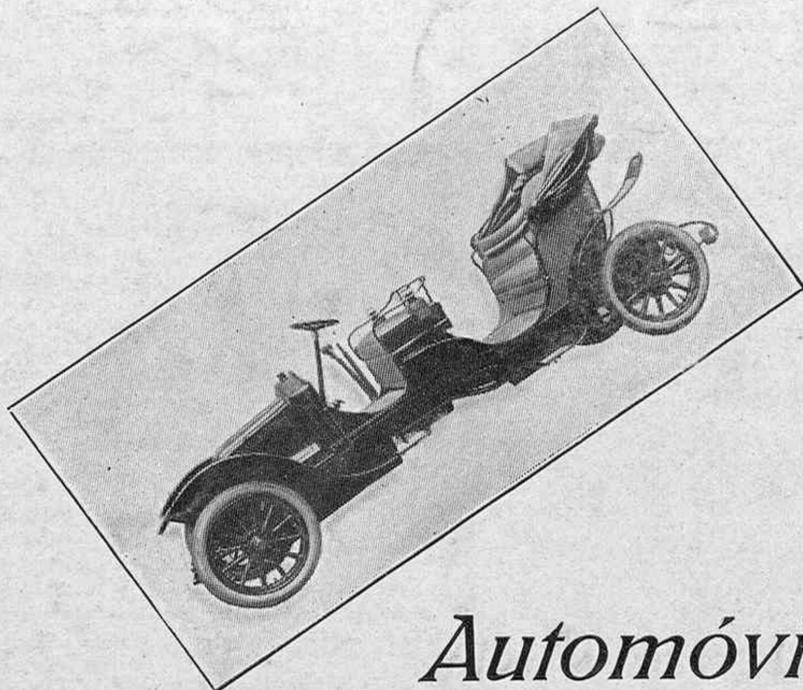
Rivadavia, 698, BUENOS AIRES

*Se admiten suscripciones y anuncios á este periódico en la*

**LIBRERÍA DE SAN MARTÍN**

PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

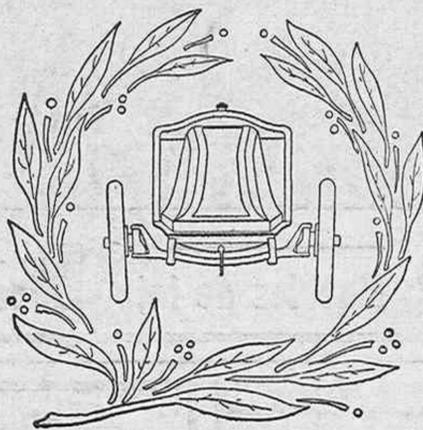
== Venta de números sueltos ==



## Automóviles Renault

Proveedor de la Real Casa

TALLERES Y GARAGE  
AVENIDA PLAZA TOROS



SALÓN DE EXPOSICIÓN:  
ARENAL, 23, MADRID

El coche RENAULT se ha caracterizado siempre por su elegancia confortable,  
• su incomparable resistencia, la elasticidad, el silencio y la regularidad  
de su marcha, cualidades unánimemente reconocidas  
por su aristocrática y competente clientela

